

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIV

San José, Costa Rica 1937 Sábado 20 Noviembre

Núm. 19

Año XIX — No. 827

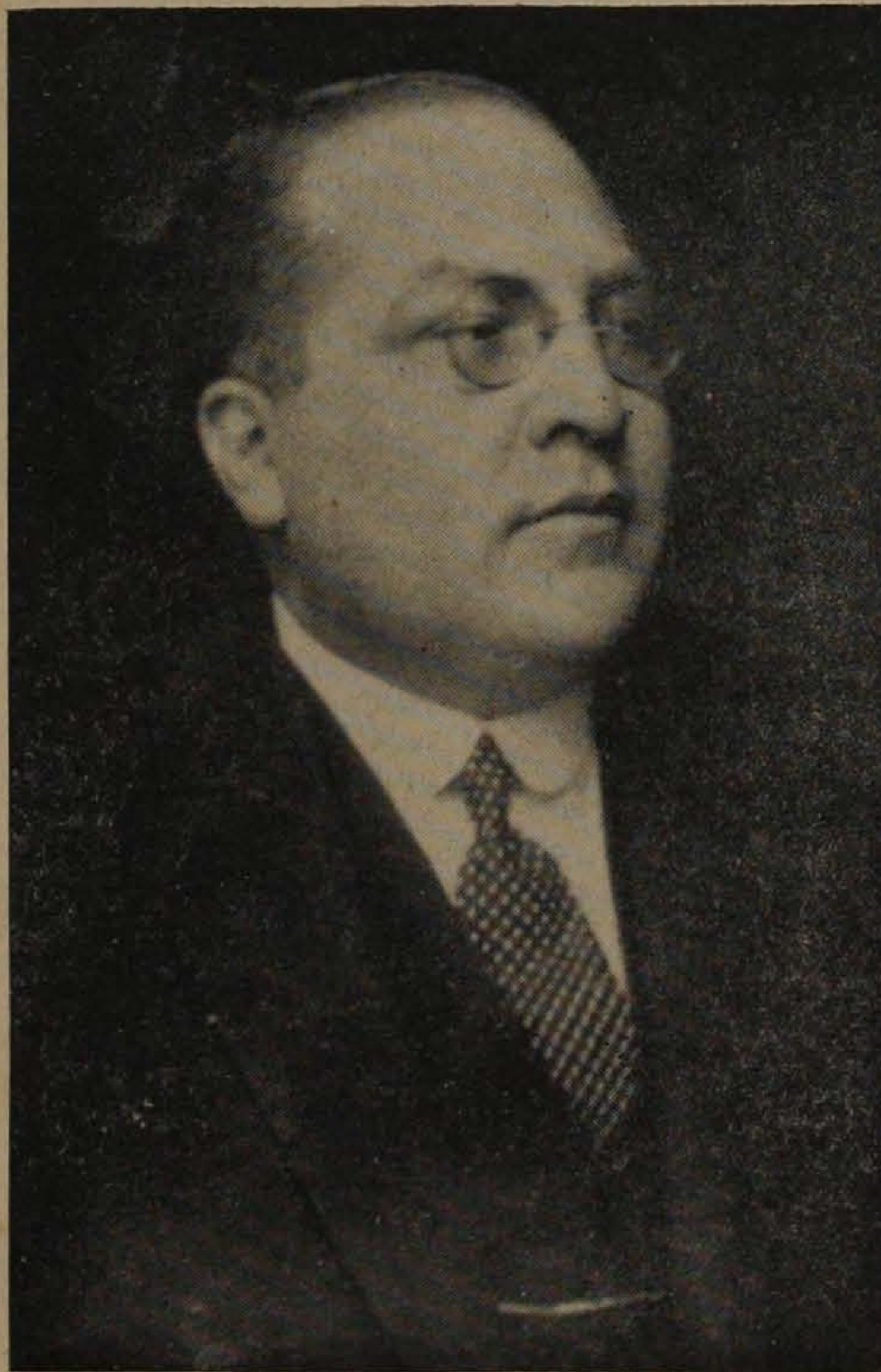
SUMARIO

Genaro Estrada.....	Alfonso Reyes	«Canción Redonda» y «Arbol de Sangre» de Claudia Lars y Carmen Brannon.....	Alberto Guerra Trigueros
El proceso de Moscú.....	Malcolm Cowley	Sonetos.....	Emilio C. LeFort
La libertad del Espíritu y los Poderes sin freno...	Guillermo Ferrero	Canción de los ojos ciegos.....	Marsia de Lusignan
Guayaquil.....	Cornelio Hispano	Breve apunte sobre una de las grandes lecciones de la Revolución Española.....	Diógenes de la Rosa
Gesta de la literatura revolucionaria.....	Ermilo Abreu Gómez		
Señal y ejemplo de J. R. Miaja.....	Gastón Baquero Díaz		

Genaro Estrada

Por ALFONSO REYES

= Envío del autor, Buenos Aires, octubre de 1937 =



Genaro Estrada

[(Hacia 1926)]

El que comprende a unos y a otros, y a todos puede conciliarlos; el que trabaja por muchos y para muchos sin que se le sienta esforzarse; el que da el consejo oportuno; el que no se ofusca ante las inevitables desigualdades de los hombres, y les ayuda, en cambio, a aprovechar sus virtudes; el fuerte sin violencia ni cólera; el risueño sin complacencias equívocas; el puntual sin exigencias incómodas; el que estudia el pasado con precisiones de técnico, vive en el presente con agilidad y sin jactancia, y provoca la llegada del porvenir entre precavido y confiado; el último que pierde la cabeza en el naufragio, el primero en organizar el salvamento—tal era Genaro Estrada, gran mejicano de nuestro tiempo, a quien todos podían atreverse a llamar «el gordo».

Dotado de una sensibilidad alegre y varia; coleccionista de buenos libros, de manuscritos raros, de cucharillas de plata, de cuadros y muebles, de jades y primeros chinoscos, en que su casa era un verdadero museo; lleno de aquel humorismo tembloroso que comunica a los hombres gordos otra manera de esbeltez; dueño de una paciencia saludable, buen respaldo moral para inquietos y desorbitados, buena mano para timón, buen músculo de alma—era Genaro Estrada una de esas instituciones de la ciudad, uno de esos hombres centrales que hacen posible la organización de las pléyades literarias (el P. E. N. Club de Méjico sólo vivió mientras estuvo a su sombra). Era un padrino natural de los libros. Y era la suya una de esas bondades sin aureola y sin exceso de santidad, tan lejana de la falsa austeridad y de los morbosos lujos de aislamiento y tebaidas; una de esas bondades que andan donde todos andan, hacen lo que todos (pero siempre un poco mejor), circulan entre todos, y no pierden un solo instante el sentimiento de su misión, de su tarea humana. Tan de grata compañía siempre, tan mensajero de buenas noticias, tan de todas las horas, tan hermano mayor, con su vibración de ternura contenida y su travesura de joven elefante.

Todo en Genaro era gusto. Gran trabajador, nada había de angustia en su trabajo, sino que siempre parecía un paladeo voluptuoso. Con el mismo agrado y la misma sensibilidad emprendía un catálogo erudito o reorganizaba un archivo

público, que se echaba a andar por la ciudad en busca de una pieza para sus colecciones, o resistía una discusión diplomática de dos horas sobre los diferentes olores morales del petróleo. A esta sólida balanza del gusto, que también podía servir de ética, de estética y de metafísica en general, debía sin duda el no enmohecerse nunca en medio de los graves negocios del Estado. Sentimiento sin sensiblería, razón sin dogmatismo, cordialidad sin empalago, rapidez sin nerviosidad, alegría sin barullo. Siempre andamos los mejicanos soñando con estas fórmulas de la rotundez espiritual, del equilibrio en círculo. ¡Cuán pocos las logran! Yo acostumbraba decirle en broma que el secreto de su aplomo estaba en sus bien contados cien kilos. Pero este hombre gordo no era por eso muy pacífico, como el ventero de Cervantes: algo tenía de la abeja zumbona, algo de la ardilla y, en sus ratos de jugueteo, hasta de la bailarina rusa.

Modesto muchacho crecido en las imprentas provincianas, vino a Méjico cuando el poeta Enrique González Martínez se hizo cargo de la Subsecretaría de Educación Pública; fué algún tiempo secretario de la Escuela Preparatoria, y desde allí tomó sus primeros contactos con las letras de la capital. Hizo su aparición en ellas con una antología de poetas nuevos de Méjico no superada aún, insuperable acaso en el sentido en que una antología puede serlo: ejemplo de método, de exposición, de documentación, de claridad y de tino. Estrada estaba disponiendo la escena, arreglando el ambiente, antes de lanzar sus personajes.

Entretanto, la pluma activa daba de sí colaboraciones dispersas: tal sabrosa traducción de Renard, o trabajos de diversa índole en que saciaba su apetito de hombre del Renacimiento; estudios sobre los criaderos de perlas en la Baja California o sobre los ejemplares mejicanos en los museos de Europa, las municipalidades en la América española, las ordenanzas de los gremios en la Nueva España; mil noticias de bibliografía literaria, y, en medio de todo ello, un constante anhelo por coordinar el trabajo de todos, y poner de acuerdo las preguntas de uno con las respuestas del otro. Su *Visionario de la Nueva España* viene a ser como un *Gaspar de la noche* mejicano, y no creo que antes de él se haya logrado poner a contribución, con mejor efecto, todos los temas y motivos de nuestra imaginaria colonial, de nuestra suntuosa y parsimoniosa «Edad Media», llena de virreyes, frailes y doctores, asuntos transportados por él a un ambiente, si vale decirlo, de disciplinada fantasía, de ensueño con bridas.

Funcionario en la Secretaría de Industria, había contribuido eficazmente a la reorganización de aquel departamento, y comisionado para cierta feria de Milán, había hecho su primer viaje a Europa (1920). Poco después pasó a prestar sus servicios a la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde fué ocupando cargos cada vez más importantes, y por mucho tiempo desempeñó el de subsecretario encargado del despacho, en tanto que llegaba a ser titular de la cartera.

Madura el estilo y madura el alma; y he aquí, en el *Pero Galín*, uno de los libros más mejicanos que se hayan escrito. El hombre de Sinaloa, que llegó justamente a Méjico allá por los fines del Ateneo y por los comienzos de la Revolución, trae a nuestra literatura la riqueza entrañable de la provincia, el sabor del condimento nacional, que siempre las capitales pierden y diluyen un poco. Y, lo que es mejor, esta obra tiene al mismo tiempo una calidad humana general, un valor perceptible y traducible en cualquiera tierra. Porque Genaro Estrada era hombre de letras consumado, atento a los últimos libros y a las últimas ideas que llegaban de todas partes; y así podrá un día sorprender en Méjico a Paul Morand, preguntándole sobre novedades de Francia que aun no habían llegado a conocimiento de su huésped.

El *Pero Galín* es un libro que participa de la novela y del ensayo, donde han podido caber—injertos preciosos—muchos pedazos de realidad y algunos hombres que de veras existen, con su nombre propio y sus oficios reales. Por todas sus páginas flota un buen aroma, que halaga y alienta a leer. La precisión de idea y de forma causa una impresión de alivio. Hay en este libro dos aspectos bien discernibles: si nos inclinamos a Pero, tendremos el mundo de los anticuarios y colonialistas, tratado en una forma que nos hace suspirar por la «Guía del mejicanista» que hubiera podido escribir Genaro. La descripción del Volador—como más tarde la rápida evocación del mercado Martínez de la Torre en el estudio que precede al *Diario de un escribiente de legación*—es una linda página, en la mejor tradición de los cuadros enumerativos mejicanos, tradición que parte del mercado de Tenochtitlán pintado por Cortés. Ahora, que si nos inclinamos a Lota, tendremos la visión actual, cinematográfica, rauda sin ser vertiginosa, del mundo entrevisto por la ventanilla del

El caso de Hampden

... Pero para que un impuesto fuera aceptado por los ingleses, no bastaba con que fuese útil: necesitaba ser votado por un Parlamento. Tal era la Carta de las libertades inglesas; tal fué la tesis que sostuvieron algunos ciudadanos, siendo el más ilustre John Hampden. El sheriff de su condado le pidió, por uno de sus dominios, treinta y un chelines seis, por otro veinte chelines de ship money (1637). El se negó, no por la suma (pues su fortuna era grande) sino por principio. «¿Veinte chelines hubieran arruinado a Hampden? No; pero el pago de la mitad de esta suma, en las condiciones en que le era pedida, convertíalo en esclavo». Se dejó llevar ante todas las jurisdicciones y si la Corte de la Tesorería lo condenó por fin, por siete votos contra cinco, la opinión pública lo absolvió. Los ingleses comenzaban a descubrir que el respeto de la ley puede llevar a grandes almas a la rebelión.

(De André Maurois, en *Historia de Inglaterra*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1937).

tren o desde el automóvil en marcha, las estaciones, las carreteras, las fronteras, las mezclas de pueblos, Los Angeles, Hollywood, y mañana. Unos preferirán aquello a esto o viceversa; pero yo estoy con el autor en haber querido casar estas dos cosas tan opuestas, y casarlas sin chasquido ni fragor ninguno, por arte del cariño entre sus dos personajes, que tiene más de amistad que de otra cosa. Entre uno y otro polo («côté de chez Pero» y «côté de chez Lota»), corren todos los matices intermedios del iris, y nuestro ambiente queda así definido por sus dos crisis terminales, y por aquella ondulación dialéctica que va de la una a la otra. De las manos de Pero Galín a las de Lota Vera mana y fluye el «tempo» mejicano en celeridad apreciable; y lo que era antigualla erudita en casa de Pero Galín, llega a ser asunto decorativo ultramoderno entre las raquetas de tennis de su joven amiga. Este libro sin pasión, desarrollado en una serie de cuadros y escenas encantadoras hasta llegar a la sencillez campesina del agua clara, ofrece entre sus pocas páginas tal trabazón de motivos mejicanos que se siente úno tentado de publicarlo con notas explicativas al pie y pequeñas disertaciones en el apéndice, no porque requiera exégesis, sino por las muchas sugerencias que provoca. Además, al andar del tiempo, la vida personal del autor había de encontrar ciertos cauces que parecían ya previstos en su novela, lo que comunica, tanto a su vida como a su novela, una nueva sazón, al menos para sus amigos más cercanos.

Cuando Genaro Estrada llega a ser jefe de la cancillería mejicana, da a nuestra política internacional una figura armoniosa, juntando miembros desarticulados y definiendo orientaciones. Su labor se caracteriza por una atención igual para todos los problemas a un tiempo, y por una inspiración patriótica cuya profundidad no puede apreciarse todavía, y que cuando se conozca en todo su alcance ha de conmover a los hombres de mi país. Queda bautizada con su nombre la que él quiso llamar «Doctrina mejicana», sobre la aceptación automática de todo gobierno que un pueblo amigo quiera darse, en oposición a la teoría clásica, la cual parece subordinar en este respecto la soberanía de los pueblos al «visto bueno» de las naciones extranjeras. Su manera de conciliar la realidad con el ideal, durante toda su gestión, alcanzó a veces una nitidez mental y una delicadeza moral que no son frecuentes.

Salió de la Cancillería para ser embajador en España, donde, al mismo tiempo que atendía a los negocios habituales, publicó una serie de cuadernos relativos a cuestiones de interés común entre ambos países, y echó una redada por los archivos y museos, levantando inventarios de piezas mejicanas y construyendo verdaderas monografías, como las que dedicó a *Las tablas de la conquista de Méjico* (de que también hay algunas en el Museo Etnográfico de Buenos Aires), *Las figuras mejicanas de cera en el Museo Arqueológico de Madrid*; y como el *Genio y figura de Picasso* o *El arte mejicano en España*, que ha publicado más tarde. A la colección de cuadernos de su embajada pertenecen

también los *Manuscritos sobre Méjico en la Biblioteca Nacional de Madrid, El tesoro de Monte Albán, El comercio entre Méjico y España, El petróleo en Méjico, El garbanzo mejicano en España*, obras suyas en parte, y en parte de autoridades en cada materia especial.

Devuelto en estos últimos años a la vida privada del escritor, había creado una interesante biblioteca de obras inéditas, en la cual nuevos investigadores han comenzado a abrir regiones vírgenes de nuestra historia social. De sus manos salían unos hilos invisibles a todos los puntos del horizonte: son muchos los escritores de varios países que se relacionaban con Méjico a través de él. Era, en nuestra América, un verdadero colonizador cultural.

Además de las obras citadas al paso, deja una colección de estudios diplomáticos, entre los prólogos a los volúmenes del Archivo Histórico, que, bajo sus cuidados, se imprimían en la secretaría de Relaciones Exteriores, y son suyos dos tomos de la serie de «Monografías bibliográficas», que él hizo también publicar a su paso por aquel ministerio: uno sobre Nervo, otro de varia información, en que campean su curiosidad y su conocimiento de libros mejicanos, así como su dominio en el oficio de maestro impresor, que él conocía muy de cerca. Deja una valiosa obra dispersa en prólogos de libros, eruditos e históricos: las *Cartas*, de Icazbalceta, recogidas por Teixidor; el *Diario del viaje* de Ajofrín; los estudios de Zavala sobre Tomás Moro en la Nueva España, etc. Deja otras obras de historia

de arte: *Algunos papeles para la historia de las bellas artes en Méjico*; ciertos trabajos sobre Goya que tenía en preparación, y de que envió la primicia a Buenos Aires, (artículo recientemente publicado en *La Nación*). Deja una obra poética en que no hay página perdida, y que alcanzó algunas notas de extremada pureza: *Escalera (Tocata y Fuga)*, *Crucero, Paso a nivel, Senderrillos al ras*. De suerte que su reino abarca la historia, la económica, la crítica, la bibliografía, el libre ensayo, la novelística, la poética.

Ha muerto a los cincuenta años, en plena labor. Debe a su propio valer, sin compromisos extraños a la excelencia misma de su trabajo, la ascensión gradual que lo llevó hasta los más altos cargos. Ni lo abatía la adversidad, gran maestra, ni lo engañaba la veleidosa fortuna. El proceso de una larga enfermedad venía de años atrás minando su salud, y él parecía siempre rehacerse por un desperezo del espíritu. La última carta que de él nos ha llegado, nos dice que el quebranto de su organismo era ya tan grande, que no le permitía leer ni escribir directamente; que seguía con vivo interés los resultados del Congreso de Historia de América, de Buenos Aires; que tenía preparados ocho volúmenes para su biblioteca histórica en curso; que quería artículos argentinos para una revista mejicana. Y esperó la muerte trabajando, y sigue todavía trabajando para su Méjico, para su América, en el recuerdo de sus amigos, que son tantos en todas partes, y en la perennidad de su obra: su obra de hombre bueno, de excelente escritor y de ciudadano intachable.

y aun vulgar (*philistine*). La adoración pública que le profesan a este caudillo es para mí uno de los rasgos desalentadores de la vida soviética. Pero sin rendirle tributo a Stalin, estoy abiertamente contra Trotsky. Esta oposición es en parte una cuestión temperamental: nunca me han gustado los grandes intelectuales de su tipo; esos que reducen cada asunto humano a un escueto silogismo en el que pretenden tener siempre la razón, una razón irrefutable, y conceptúan a sus oponentes siempre como estúpidos y ni siquiera como dignos de desdén.

Nunca me han gustado los libros de Trotsky; ni aun los mejor reputados. La *Historia de la Revolución Rusa* no expresa ningún calor humano, ni generosidad hacia sus asociados, y prefiero no referirme a la descripción de sus enemigos; al final, el libro degenera en una autojustificación. *Mi Vida* no es solamente una dramatización de sí mismo a un grado inquietante, sino que, en los puntos en que puede ser tomada como una narración, carece por completo de candor. Pero es en el terreno político donde estoy mayormente en desacuerdo con Trotsky. Me ha parecido que, durante varios años, el odio a Stalin ha sido en él el móvil decisivo y que su grito de combate, la «Revolución Permanente», puede llegar a destruir permanentemente la revolución, por su ataque constante al socialismo en el único país donde actualmente existe.

El proceso de Moscú

Por MALCOLM COWLEY

= Envío de Enrique Espinoza. Santiago de Chile, setiembre de 1937 =

Bajo todo punto de vista, el libro más interesante que he leído este año es la versión estenográfica del reciente proceso de Moscú, tal como ha sido traducido al inglés por el propio Comisariato de Justicia del Pueblo.

Lo leí por un sentido de obligación: habiendo oído tantas discusiones sobre el proceso y leído tantos cargos sobre la buena fe de la Corte de Justicia Soviética, quise tomar de las mismas fuentes el material necesario para formar mi propia opinión. Aprendí mucho, pero proseguí con entusiasmo, fascinado por el contenido de la obra. Desde el punto de vista literario, *El complot del centro Antisoviético Trotskysta* es una extraordinaria combinación de auténtica novela policial y de alta tragedia isabelina con notas verdaderamente cómicas. Pudiera haberme dejado convencer que se trataba de una representación arreglada de antemano si hubiese sa-

bido que Marlowe y Webster habían cooperado en su realización escénica. Desde el punto de vista informativo, la obra responde a la mayoría de las preguntas que me sugerían las breves informaciones de los diarios sobre la marcha del proceso.

*

Pero antes de discutir el documento considero que haría bien en explicar mi actitud hacia los asuntos rusos tal como ha ido desenvolviéndose durante los últimos años.

No soy un stalinista, sino en la profunda simpatía que siento por los anhelos de la Unión Soviética y en cuanto a que creo que Stalin y su *Polit-Bureau* han seguido en general una política más hábil que la que recomiendan sus enemigos. No lo creo infalible ni como político ni como líder. En mi propio campo—la literatura—su gusto me parece ser convencional

Talvez esta predisposición mía expuesta someramente y sin aducir pruebas que la fundamenten me hace más fácil creer en los cargos que se le imputan a los partidarios rusos de Trotsky. No me parece a mí de manera alguna imposible, como es el caso de muchos liberales bien intencionados, que revolucionarios de su tipo trataran de destruir el Estado Soviético que ellos mismos ayudaron a edificar. Empiezo por creer que habían cesado de considerarlo «su estado». Resolvieron que la revolución a la cual ellos siguen siendo fieles en teoría, estaba siendo traicionada por sus propios líderes, y se impusieron la tarea de desplazar a esos líderes; al principio por acciones de *masas*, después, al darse cuenta que las *masas* no los apoyaban, por actos de terrorismo (incluso asesinatos que no se consumaron); en seguida por terrorismo económico (es decir, des-

*

rielando ferrocarriles, provocando explosiones en fábricas, con la intención de que Stalin fuese culpado); y finalmente, cuando estas tácticas fueron fracasando una tras otra, se ilusionaron con una «segunda revolución» con ayuda extranjera, después de una nueva guerra mundial. No avanzaban sin remordimientos, pero cada paso en el camino del crimen los empujaba hacia adelante, llevados por lo que ellos mismos llamaban «la lógica de la lucha». Esta frase aparece por lo menos una docena de veces en la crónica completa del proceso.

*

En realidad la crónica da una idea totalmente diversa del proceso de la que se desprende de la lectura de los periódicos. No es efectivo, por ejemplo, que los acusados demostraron timidez en la Corte; por el contrario, discutieron a menudo con el fiscal, y Radek llegó a ponerlo casi en ridículo. Tampoco es cierto que demostraron algún servilismo hacia Stalin; mencionaron su nombre lo menos posible y siempre sin adjetivos calificativos. L. M. Kaganovitch fué el único funcionario Soviético que alabaron por su hábil labor para impedir el sabotaje en los ferrocarriles (y hablaban con conocimiento de causa, puesto que eran saboteadores profesionales). No es verdad que fuesen «Dostoiewskianos» en su afán de presentar sus propios crímenes en la forma más tenebrosa posible; por el contrario, la mayoría de ellos mantuvo en lo posible todo su amor propio. Así, por ejemplo, Norkin admitió haber provocado tres explosiones en una planta generadora, pero se indignó al verse citado en una declaración de un espía alemán llamado Krasche. Y dijo: «En cierta forma me siento comprometido de haber tenido alguna vinculación con este sujeto». Knyazev admitió haber saboteado trenes y haber recibido 15.000 rublos de un miembro del servicio secreto japonés; pero al insinuársele que se había quedado con parte de ese dinero, gritó indignado: «Niego categóricamente ese cargo». El proceso no dió la impresión de ser una «mise en scene» preparada; por el contrario, los prisioneros estuvieron en desacuerdo en una docena de puntos secundarios; hubo disputas en la Corte, algunos estaban ansiosos de hablarlo todo, mientras otros guardaron ciertas reticencias; pero, en general, sus declaraciones individuales

podían coordinarse perfectamente para formar un todo convincente.

*

Aquellos que aun creen que el proceso fué un burdo «arreglo» han dado a las mismas confesiones una docena de interpretaciones diferentes. Se ha dicho, por ejemplo, que se prometió la vida a los acusados si consentían en dar testimonios falsos contra Trotsky. Esto parecía escasamente verosímil después del juicio en agosto último, pero una vez que fueron ejecutados Zinoviev y Kamenev, esta promesa no habría encontrado acogida en otros. (El hijo de Trotsky asegura ahora que la muerte de Zinoviev y Kamenev les fué ocultada a los acusados durante el último proceso. Pero Radek, arrestado durante el proceso, la sabía seguramente, como también Pyatakov). Además se ha dicho que la G. P. U., por medio de sutiles torturas orientales, forzó a los acusados a hacer declaraciones falsas, pero torturas susceptibles de producir estos efectos en hombres del temple de Muralov, por ejemplo, tendrían que ser no solamente sutiles, sino recias, y sus huellas habrían sido aparentes durante la vista de la causa. También se ha dicho que las confesiones habían sido arrancadas mediante amenazas referentes a la suerte de las mujeres y los hijos, pero aquellas amenazas resultaron ser ineficaces cuando las hicieron los fascistas, y por añadidura algunos de los presos no te-

República e inteligencia

La república se ha mostrado en el Brasil embozada en el poncho y armada del lazo, equipaje semi-bárbaro, que no abona, sin duda, sus principios. Yo no comprendo la república sino como la última expresión de la inteligencia humana, y me desconfío de ella cuando sale del interior de los bosques, de las provincias lejanas de la capital, del rancho del negro, o del espíritu de insubordinación de algún caudillo de jinetes. La república aparecida en las provincias pastoras de San Pedro y de San Pablo, hizo excursiones momentáneas en Minas Geraes, sin osar acercarse a la capital; descomposición de los extremos que no admiten gobierno posible, y que después de algunos años de revueltas, ha vuelto a entrar en la nada, de donde salió, no sin haber dejado escapar algunos destellos de valor, en medio del turbión de desórdenes que trae consigo la guerra de caudillaje.

(De Sarmiento en febrero de 1846. De *Viajes*, tomo V de sus *Obras*. Santiago de Chile. 1886).

nían ni mujeres ni hijos. Además había otras versiones del dominio de la fantasía: que las confesiones habían sido producidas por drogas muy poderosas desconocidas de la medicina occidental, que los presos habían sido hipnotizados (o si no, que el auditorio de la Corte había sido hipnotizado); que los acusados eran realmente verdaderos comunistas que mintieron y murieron para salvar al Partido (pero esto no parece probable dado los antecedentes); y finalmente que todos ellos habían sido ejecutados antes de poner en tabla la causa y reemplazados por actores del Teatro de Arte, de Moscú.

*

A mí me parecen todas estas versiones, no tanto inverosímiles como complicadas e innecesarias. La actitud de los presos en el banquillo fué de hombres culpables que sentían la hostilidad de la opinión pública, y que estaban avergonzados de los hechos, que los habían arrastrado hasta allí. Sobre esta simple hipótesis sus gestos en la Corte aparecen no «Dostoiewskianos» sino normales, dadas las circunstancias. Son sus acciones anteriores al arresto las que pertenecen a una novela de Dostoiewski.

¿Por qué medios llegaron a hacerles confesar? No sé, pero las declaraciones contienen algunos puntos comprometedores. El primer día de su encarcelación, dos de los acusados, Pushin y Knyazev, estaban tan asustados y apesadumbrados que lo dijeron todo sin siquiera haber sido instados a hablar; cartas comprometidas fueron encontradas también en la oficina de Knyazev; más cargos se acumularon durante las sesiones de agosto, a lo que se siguió un largo trabajo de comparación y confrontación, de esclarecimiento de hecho tras hecho, hasta que algún acusado se confundía y contaba todo el asunto. Una parte de las declaraciones de Norkin nos da una idea precisa del procedimiento.

Vyshinsky:—¿Y por qué decidió usted posteriormente admitir los hechos?

Norkin:—Porque hay un límite para todo.

Vyshinsky:—¿Quizás usted fué presionado en alguna forma?

Norkin:—Me interrogaron, me descubrieron, hubo careos.

Vyshinsky:—¿Lo confrontaron a usted con pruebas, hechos?

Norkin:—Hubo careos.

(Pasa a la página 302)

La libertad del Espiritu y los poderes sin freno

Por GUILLERMO FERRERO

= Texto íntegro del discurso pronunciado ante el XV Congreso Internacional de la Federación de los Pen Clubs, celebrado hace pocas semanas en París.—Tomado del mensuario *Sur*, Buenos Aires, julio de 1937 =

Tomo únicamente la palabra para agradecer a los Pen Clubs su amable invitación; mas para agradecerse del modo que me parece más digno tanto suyo como mío: comunicándoles con toda sinceridad la impresión más viva que me han producido durante estos días vuestros trabajos y discusiones. Tengo la impresión de que el Pen Club está animado por un amor ardiente y noble de libertad intelectual. He oído aquí admirables discursos sobre la libertad, comenzando por el de nuestro ilustre presidente. Dudo, por el contrario, que el Pen Club, en su conjunto, se dé cabal cuenta de la gravedad de las cuestiones que se agrupan hoy en torno al problema de la libertad intelectual, y quizá ello sea debido al hecho de que la mayor parte de sus miembros pertenecen a países libres donde tal problema sólo existe en teoría.

El documento que, ante todo, justifica a mi juicio dicha duda es la moción propuesta por la legación inglesa. Leemos en ella que el objeto del Pen Club es «salvaguardar la entera libertad necesaria para la creación literaria»; y más adelante que el Pen Club se «declara extraño a toda política de Estado y de partido». Pero la libertad de la literatura es hoy día, en un gran número de Estados, la más urgente cuestión

política, pues se trata de una cuestión de vida o muerte para muchos de los gobiernos que si respetasen la libertad necesaria para la creación literaria caerían en tres meses. Al reclamar la libertad intelectual uno se declara hoy, sépase o no, a favor de ciertos regímenes y en contra de otros.

¿Quieren ustedes una prueba?

He admirado la benevolencia con que esta reunión afirmó su solidaridad con James Joyce, manifestándose contra la piratería de que su obra ha sido víctima en los Estados Unidos. Pero supongan ustedes que yo hubiera hecho como Joyce planteando al Congreso del Pen Club mi caso, esto es, lo que me sucedió el 27 de marzo de 1935. En tal día, hace dos años, tres comisarios de policía se presentaron en la sede de mis editores de Milán, provistos de un orden del Prefecto; se apoderaron de todos los ejemplares de mis obras—millares de volúmenes—y los cargaron en camiones llevándolos a la Prefectura donde fueron destruidos. Toda mi obra ha sido, pues, aniquilada en su texto original, y una riqueza tan considerable destruída sin indemnización. Figúrense ustedes qué tumulto hubiera desencadenado aquí y cuantas dificultades habría provocado entre el Congreso y la Delegación italiana si hubiera pedido al

Pen Club que protestase contra semejante violencia. Y, sin embargo, creo no ser víctima de un espejismo de amor propio cuando pienso que mi caso, desde el punto de vista de la libertad del espíritu, es tan interesante como el de Joyce.

Sí, la libertad intelectual es hoy día, para el mundo occidental, una cuestión política mucho más grave que nunca lo fué, sea bajo el antiguo régimen o en el curso del siglo XIX. ¿Por qué razón? Porque hoy nos encaramos en todo el occidente con una «élite» dirigente enloquecida por el miedo.

La «élite» dirigente del mundo occidental desencadenó la fuerza en 1914 y no supo ya, una vez terminada la guerra, encadenarla de nuevo. Hoy día la fuerza desencadenada amenaza al mundo bajo la doble forma de la guerra y de la revolución. El mundo tiembla y, en su espanto, desconfía más que nunca de la literatura, de la historia y de la filosofía juntas. En los países que todavía tienen la felicidad de obedecer a gobiernos legítimos, el miedo de los ricos y de los poderosos nos pide que utilicemos lo más posible nuestras plumas para divertir a los hombres, y lo menos posible para iluminarles e instruirles; ello implica una manera cortés de eliminar de la literatura los temas peligrosos que suponen una crítica del estado actual del mundo y que sería más conveniente tratar. De esta suerte, en todos los países, la novela se halla abocada cada vez más a una verdadera obsesión sexual, que la impulsa a analizar el amor físico y el amor espiritual en sus lazos más ocultos con una sinceridad y una valentía que hubieran parecido escandalosos no hace más de treinta años. Pero los accidentes del amor, si bien es cierto que tienen una gran importancia en la felicidad del individuo, no tienen casi ninguna para la humanidad y su destino. La erotomanía literaria de nuestra época oculta el miedo de afrontar, tanto en la literatura como en la vida, los grandes problemas del destino humano.

Todo ello es grave, pero mucho menos de lo que acontece en los países cuyos gobiernos perdieron su legitimidad. En estos países las «élites» dirigentes no se contentan con apartarnos del servicio de las grandes causas; quieren que nuestras plumas sólo trabajen para justificar,

John M. Keith & Co., S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de goma (United States Rubber Co.)

Máquinas de contabilidad MONROE.

Refrigeradoras eléctricas GRUNOW.

Plantas eléctricas portátiles ONAN.

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).

Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).

Equipos KARDEX (Remington Rand International).

Maquinaria en General (James M. Montley, New York), etc., etc.

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

disfrazar y servir los delirios de su miedo. Comenzamos a darnos cuenta de lo que el miedo puede exigir a la literatura y a la filosofía en una época que no tiene ya ningún principio fijo de belleza, de verdad y de moral. Ahí radica el drama nuevo e inmenso que comienza y del cual los hombres de pluma van a ser víctimas o héroes. En los siglos que precedieron al XIX la vida estaba regulada por un cierto número de principios indispensables santificados por la religión. El escritor no podía tocarlos, lo cual limitaba su libertad; pero el poder debía también respetarlos. Ello constituía una garantía para el escritor; el poder nunca podía obligarle a negar esos principios.

Actualmente, por el hecho de haber llegado a ser movibles, discutibles y derribables todos los principios, cada uno de nosotros es un Sansón que armado de su pluma puede hacer degollinas: abatir lo que había parecido a todas las generaciones la Belleza, la Virtud y la Verdad, erigir, sobre sus ruinas, en ídolos todos los monstruos que hasta ahora habían sido detestados por la humanidad. Pero esta libertad casi divina tiene un precio terrible: el poder, tampoco él, está obligado a respetar como inviolable ningún principio; si el delirio del miedo se apodera de él, puede exigir de todos nosotros hasta que probemos que el diablo es Dios y Dios el diablo.

Tal es la nueva prueba que ya muchos de nosotros han sufrido: encontrarse de repente en presencia del poder que bajo la amenaza del destierro, de la prisión, de la asfixia espiritual, inclusive de la muerte, nos ordena que demos al César lo que es de Dios. Y puesto que he tenido el doloroso privilegio de haber sido uno de los primeros en sufrir esa prueba, permítanme que termine inclinándome ante todos aquellos, entre ustedes, que desde hace veinte años han sufrido por testimoniar las verdades en las cuales creen. Ante aquellos que han muerto, por el fuego o el pesar. Ante aquellos que hoy viven en las prisiones, en el destierro, en la pobreza, en la imposibilidad—suplicio atroz para un alma de selección—de expresarse. Y permítanme aún decir que si el Pen Club quiere, según parece, defender la libertad del espíritu, habrá de encontrarse ante responsabilidades cada vez más graves.

Existen hoy día dos Europas: la Europa donde todavía subsiste la libertad espiritual, y la Europa donde esa libertad ya no existe. Tal división no podrá eternizarse: o la Europa que ha perdido su libertad la recobra, o la Europa que la tiene todavía, la pierde. Estamos todos, querámoslo o no, comprometidos en una lucha decisiva por la libertad del espíritu; para cumplir nuestro deber en esta lucha pronto no bastará con participar en Congresos

admirablemente organizados, donde los placeres del espíritu y de los sentidos se hallan combinados con un arte superior. Será necesario también saber sufrir, pues la suerte de Europa depende de esa lucha. Si Europa pierde la libertad intelectual caerá toda entera, como ya han caído ciertas partes, en una paralización bárbara, semejante a aquella de que murieron muchos países musulmanes durante el siglo IX.

Paris, junio, 1937.

En torno de la América austral

Guayaquil

Por CORNELIO HISPANO

= Envío del autor. Bogotá, julio de 1937 =

Antiguamente partir era casi morir, un adiós para siempre, porque nadie estaba seguro del regreso. En los albores del siglo XIX, sólo tres grandes poetas, Byron, Chateaubriand y Lamartine, desafiaron los peligros de los grandes viajes para ir a sentarse sobre las columnas rotas del Templo de Júpiter Olímpico, o bajo los cedros del encantado Oriente. Para los enamorados que se despiden, partir continúa siendo algo semejante: «mourir un peu»; pero para el hombre moderno partir lejos del patrio suelo es comenzar a vivir una vida nueva que él ansía vivir, porque al revés de los buhos, le gusta cambiar de lugar, ama ver otras gentes y más vastos cielos, y sueña en cosechar recuerdos; partir es para él abrir y leer, con todos los sentidos despiertos, y cómodamente instalado, un libro ameno, de va-

riadas estampas; y será más instructiva la lectura, o sea el viaje, si la peregrinación es por países de la misma raza y costumbres, lengua y sentimientos ancestrales; es el viaje ideal para apaciguar espíritus en rebeldía y para fortificar y tonificar las más delicadas fibras de corazones desgarrados.

Así dejamos el puerto de la Buena-ventura al atardecer de un claro día de diciembre, y, ya lejanos los palmares que agitados por la brisa marina parecían darnos el último adiós de la tierra natal, descubrimos en el horizonte, en medio de las constelaciones, la cruz del sur, «el Cruzeiro», que nos recordó el rumbo del viaje, el itinerario que debíamos seguir por países australes de América.

Un nuevo día y desembarcamos en el mejor puerto del Ecuador, pero no en el puerto, sino en un bote, que nos condujo a la lejana y ardiente playa, donde se asienta Guayaquil, ciudad indefinible e indiscernible, como decía Renán del cuello de la paloma en un sentido elevadísimo. Sin embargo, la incomodidad del desembarque se compensó con creces por el agrado de contemplar el magnífico monumento levantado, a las orillas del Guayas, para perpetuar el recuerdo de uno de los más trascendentales episodios de la historia de América.

El 26 de julio de 1822 se encontraron, en el mismo lugar donde se levanta el monumento, Bolívar y San Martín, y conferenciaron, a puertas cerradas, en los días 27 y 28. El águila colombiana, cuyo pensamiento fulgurante fué siempre simultáneo con la acción, había llegado 14 días antes: «Pero han visto ustedes cómo el general Bolívar nos ha ganado de mano? ... El Libertador no es el hombre que pensábamos». Confesiones de San Martín que Bartolomé Mitre, su ilustre biógrafo, comentó así: «Palabras de vencido y de desengañado que compendian los resultados de la entrevista», de la cual el acta, o documento Aquiles, me cabe el honor de haberlo encontrado y publicado, en

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada.

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito.

La Sección de Ahorros

DEL

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para que Ud. realice ese sano propósito:

AHORRAR

«facsimile», en 1909, en *Gaceta Republicana*, cuando la prensa de Buenos Aires dudó de su autenticidad. Es una nota, suscrita en Guayaquil, el 29 de julio, por José Gabriel Pérez, secretario general del Libertador, y dirigida al ministro de relaciones exteriores de Bogotá, y puede leerse el texto completo en mi *Libro de Oro de Bolívar*. Las fotografías las tomó Lara, y deben hallarse en el Ministerio.

El monumento es una rotonda de mármol y decorados de bronce, con dos pilas-tras coronadas por dos águilas, y diez columnas corintias con los escudos de las naciones libertadas por Bolívar y San Martín. El monumento, de espléndida perspectiva sobre el Guayas, es clásico, digno de los héroes en cuyo honor se erigió, y fué suprema alegría para mí contemplar ese pórtico griego en la tierra donde nació y murió el gran José Joaquín de Olmedo, el aeda homérico, el poeta más digno, en lengua española, de cantar a Bolívar, rayo de la guerra en Junín!

Recorriendo después la ciudad por sus calles centrales, nos detuvimos ante otro monumento, al parecer reciente, colocado en el centro de una plaza de aspecto despacible por su falta de agua y de flores. Una columna, u obelisco de piedra, y en torno unas estatuas de bronce sin nombres, ni razón de estar allí, pero, en cambio, en dos placas de mármol, estas inscripciones, con nombres completos: En la primera placa: «Se erigió este monumento siendo concejeros municipales, es a saber: presidente del concejo...; vicepresidente...; vocales...». En la segunda placa de mármol: «La junta que actuó para levantar este monumento, la formaron, como sigue: presidente de la junta...; vicepresidente...; socios...»

Dábamos la última vuelta en torno del obelisco, en busca de los nombres de los héroes, cuando un caballero de cierta edad, que nos escuchaba y observaba, dijo: «Son los próceres de la ciudad, y basta saber eso». Para mí pensé que el caballero era alguno de los que figuraban en las placas de mármol como concejeros municipales o socios de la junta, e intenté argüir, pero mi compañera de viaje, que nunca está en desacuerdo con nadie, se apresuró a contestar: «Tiene usted razón, y no es un caso raro, porque en Bogotá en el parque de la Independencia, hay también un monumento a los héroes desconocidos...»

Poco antes de zarpar el barco, ya anocheciendo, entró a bordo un joven delgado y pálido, con una maletica en la mano. Era un periodista de Guayaquil quien, por haber insinuado apenas, al coronel presidente que, en beneficio de la paz, no se extremaran las medidas de alta policía, últimamente decretadas, recibió la orden de embarcarse inmediatamente. Supimos luego que es nieto de un antiguo benefactor de los pobres de Cali, asesinado allí inicualemente, por un extranjero, hace más de cuarenta años, y, además, sobrino de un senador de la república de Colombia. Mi compañera, desde que lo vió subir y supo quién era, miraba, más que al joven, la maletica que llevaba en la mano. A lo sumo, decía, puede llevar una muda interior, y de aquí a Valparaíso son ocho días! «Señora, la interrumpió en ese momento un ingeniero de minas, chileno, muy bien informado de las cosas de nuestra América, y quien días después desembarcó en Antofagasta; señora, no se enterezca usted por la maletica. En el Ecuador todo es chiquito, menos Olmedo, Montalvo y el Chimborazo».

de lo episódico. Como si lo episódico, en el caos fecundo de la revolución, no respondiera a la naturaleza propia de la lucha. Se le señaló la torpeza idiomática que se descubría en sus escritos. Como si la pintura y la denuncia de una humanidad nueva, no exigiera, entre titubeos y errores, el manejo de un arsenal lingüístico también nuevo. Se le acusó de comerciar con lo folklórico. Como si lo folklórico no fuera, en la vida primitiva del pueblo, la escala necesaria para ascender a la estilización culta. Se le señaló como mero acarreador de un material basto y baldío esparcido sobre el suelo mexicano. Como si este material, ya por el solo hecho de ser auténtico, no fuera capaz de contener las líneas de la fisonomía matriz que se adivina o se transparenta en las máscaras que venden y compran los mercaderes.

Sobre esta literatura, cuya armazón cimentan y dibujan Azuela, López y Fuentes, Ferretis y Romero—por no citar sino pocos nombres—, se levanta ya el signo que guía el rumbo de los caminos que han de seguir, en intención y en realización, la lírica, la novela y el teatro de México.

Esta literatura—mal que pese a los miopes que no la vieron en ciernes, a los falaces que negaron sus brotes y a los negociantes que, sin apreciarla ni entenderla, la aplauden en su madurez, es la cuna y la llave de la tremenda—universal por nacional—literatura mexicana.

Es la que perdurará por sí, por su intrínseco valor humano y literario y, sobre todo, porque guarda en sus entrañas los elementos del futuro.

De ella saldrá la literatura que perpetúe con más experiencia, con más emoción, con más capacidad lógica, el valor de nuestra expresión genuina; es decir, aquella que habrá de estar acorde con la realidad y con la técnica que esta propia realidad produzca.

Será ésta la consecuencia histórica—dialéctica—de la actual gesta de la literatura revolucionaria de México.

Curiosa fortuna es la de la palabra preux, que en francés se aplicaba a un valeroso caballero y que en inglés se tornó en proud, altivo, desdeñoso. El punto de vista del amo es el del servidor.

(Nota sacada del libro *Historia de Inglaterra*, por Andrés Maurois. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1937).

Gesta de la literatura revolucionaria

Por ERMILO ABREU GOMEZ

= De *El Nacional*, México, D. F., 18 de setiembre de 1937 =

Ayer nos referimos a la tragedia de la literatura revolucionaria. Hoy concluiremos un capítulo sobre la gesta de esa misma literatura. Si la realidad de los hechos nos permite observar aquel ineficaz y frecuente divorcio entre el revolucionario y la conciencia literaria, la misma realidad también nos muestra la existencia, así sea esporádica, de otro ser, pleno de humanidad y de ojos, capaz de aprisionar, en el haz de su expresión, la raíz y el vuelo del espíritu mexicano.

Este novísimo ser, despreciado no sólo por los escritores de la llamada vanguardia, sino hasta por los falsos críticos de la literatura revolucionaria, es hoy, en la plenitud del triunfo, adobado por la adulación advenediza de todos los rumbos. Este novísimo ser tuvo la valentía de lanzarse—

cuando era locura hacerlo—a la empresa difícil y arriesgada de construir una obra original con elementos tomados de la carne y del sueño de los indios. (Según la doctrina de los escritores que sólo escribían sobre la espalda de sus esclavos, japoneñas, y esguinces helénicos, los indios—desnudos de alma y de cuerpo—estaban muertos y enterrados en la historia y en la vida de México). Al realizar tal empresa respondió al apremio del impulso vital que henchía sus venas, su mente y su corazón y a la necesidad ineludible de verterse hacia afuera. Construyó su obra en términos no siempre ortodoxos ni académicos, pero sí siempre capaces de ahondar el surco de una renovación creciente.

Se le criticó por el abuso que hizo

Señal y Ejemplo de J. R. Miaja

Por GASTON BAQUERO DIAZ

=De Baraguá. La Habana, 1º. setbre. de 1937 =



Gral. J. R. Miaja

MIAJA

*Tu nombre, capitán, es para escrito
en la hoja de una espada
que brille al sol, para rezado a solas,
en la oración de un alma,
sin más palabras, como
se escribe César, o se reza España.*

ANTONIO MACHADO

(De Nueva Cultura.

Valencia, España, junio-julio, 1937).

Yo no sé, lector, cuál de estas cosas abigarradas y exigentes que rondan ahora la conciencia del siglo—y con ello a su destino—requiere mayor atención y delicadeza. Porque si la época se ha hecho Historia, historia viva y sangrante; si el hombre forja amaneceres en ardida pugnacidad; si estamos vueltos todo tensión y temblor en el arco vibrante, urge saber qué cosa es todo esto, hacia dónde, para qué y con quién vamos por el camino del Destino.

La formal política, la pura y simple re-estructuración «histórica» de la Sociedad, no es un fin en sí, sino un medio. Y los medios son a los fines lo que las flechas al blanco. Tránsito y distancia de lo intocado que se remira en el gesto ansioso de las esperanzas. Pero todo esto, ¿para qué? Lo que se quiere ¿es tan sólo trastocar los modos externos de salutación o de insignias?

No. Lo que hay, sustancialmente, es que lo profundo ha salido a la luz como las espadas al combate. Lo que se busca es la dimensión mayor del hombre, su cabal hombría, su dignidad neta y cimera. Acaso los modos que son vías para este agónico quehacer luzcan como excesivos de convulsión y de angustia. Pero las cosas beatas piden para realizarse beatos sillares y beatas edades. Sentimientos más píos que estos cunados por el hombre actual no han de encontrarse sino en las grandes épocas humanas del sacrificio. Es total y uniforme la mirada alerta; es uno sólo y único el corazón vigilante.

El quehacer esencial que nos asalta, y que hemos sorprendido a la vera de nuestras proyecciones futuras más caras y añoradas, viene ungido de una virtud de tiempos nuevos—recién nacidos en las manos de Dios. Virtud de toda virtuosidad, que quiere decir varonía íntegra y limpia, se nos da como fanal hacia adentro de nosotros mismos—el Espíritu, el hombre—y hacia afuera de nosotros—el mundo, los hombres. Aprendemos ahora en el parto recio de los tiempos la antigua lección que ya nadie aprendía: los hombres, en tanto y hasta que llevan en su cuerpo la vida, pueden decir su verdad mejor, realizar su quehacer esencial y mudarse, de hombres incitación y promesa, en hombres realidad y destino.

Lo que se salva de esto, lo que cunde y lucifica, es la intención raigal del vivir moderno. Ya son millones las manos vueltas hacia la luz. El barro va a quedarse solo. Cuando ya estaba todo perdido, arribó un pleamar de zarzas llameantes sobre el alma humana. Rescate del hombre es rescate de la Historia y del Espíritu—rescate de la Eternidad. Ya a esto ha de adelantarse, se adelanta ya, cada voz humana, en el esfuerzo por lograr para sí una fracción de Destino nadador de su sangre. Las rectificaciones primero. Viene después el saber andar por las vías claras y precisas.

Nosotros los jóvenes—¡nosotros!—hemos de re-pensar los pensamientos juveniles en una ponderación tanto más buida

cuanto es de torvo y altanero el cúmulo de prejuicios que halifican las cabezas juveniles. «Te apoyarás en tus prejuicios», dice el clamor suave y discreto de Eugenio D'Ors—como en el primer peldaño de una escalera. Acaso más tarde—continúa—descanses en ellos, como en un alto belvedere. Impórtanos esto sobremana, porque nos hemos dejado alucinar desde siempre, sin rubor y sin modestia, por los cánticos más extraños e injustos. Fué así que juventud significó arrogancia y suficiencia. Fué así que olvidamos en amargura y en impiedad a las nobles vejezes de los hombres. Lo que es un anciano, todo ese resumen del Universo que hay en una vida añosa y reposada, no puede ser medido por incautos prejuicios o por adulaciones excesivas. José Ingenieros, en su exhuberante coquetear con la edad juvenil, pasó más allá de lo que él había de tener como verdad ganada en lo mejor de la vida: ancianidad, madurez, vienen a ser plenos de funcionalidad y de sentido por gracia natural de la propia

Vida. Y en la otra orilla, en la orilla en que el mar se hace negocio de sanfres mayores y hasta la que llegamos todos, desnudos y verdaderos como la tormenta, en la orilla del instinto, álzase también un aura grave de profundas voces: no podemos prescindir de nada ni de nadie. Ha sido tanto lo que se ha olvidado al Hombre, que para proveer cumplidamente al re-encuentro de éste consigo mismo, otra vez, no ha de quedar nadie fuera de las murallas del templo. Señal y ejemplo: José R. Miaja, español entero de esta España popular y eterna—la de hoy, la de ayer, la de mañana—y, por lo tanto, hombre universal.

Si esta cosa tan fantástica y contradictoria que los poetas denominaron «hombre» en su día—y a la cual nos hemos acostumbrado fácilmente—le fuese concedido responder desde su voz mejor a la eterna interrogación de la vida—angustia y caos—sabed que no será sino a través de unos gestos aislados y minúsculos, gestos de hombres, por lo que se sabrá cómo está de henchido el corazón humano. Hay humanidad. Y la hay por encima de los quehaceres enojosos que a nada conducen. En el pecho invencible de Prometeo, en el llanto fraternal de Aquiles, en la humilde arrogancia de Miguel Angel, anda lo que representa con mayor netitud lo mejor de la vida. De toda la vida: no de la juvenil, ni de la adulta, ni de la senil; sino de ese movimiento total, palingenésico, que tiene a la centuria como una simiente y al milenio como una saeta.

Lo español está otra vez en el borde aristado de la epifanía. Ahora, como en el décimoquinto, la madre Europa sufre los rigores de Tauro. Fué ayer la España cristiana y antimora la que hizo brechas en la Mar Océana y dió todo un Continente como respiradero al frenético impulso—hipérbole y ardor—del Renacimiento. Es hoy otra vez España cristiana—¡más que nunca!—y antimora, la que se apresta a elevar hasta el mismo cielo los vapores de su sangre más pura: la sangre de su pueblo. Y ahora por el hombre. Lo heroico hecho multitud, diluido en ella, siendo ella y nada más que ella, ceñido de ariscos perfiles, va trazando una pauta recia y fecunda. El hombre puede ser salvado. Ya está siendo salvado. Por sus propias manos: por todas sus manos, por las albas y lechosas del niño como por el cayado-sarmiento de las manos ancianas. Porque la brillante y olvidada vejez ha salido también al medio del redondel, en el día fuego y estrépito, en la noche gemido y espanto.

Miaja es ahora algo más que un general español. Es más que un general de cualquier parte de la tierra. Anciano, comanda la España que nace entre vagidos de angustia en el férreo brazo de sus juventudes. Anciano, con años que tocaron la mayor vergüenza de la ingente España, vuelve ahora al camino que Don Quijote arrostrara allá por su edad cincuen-

(Concluye en la pág. 303)

“Canción Redonda” y “Arbol de Sangre”

de Claudia Lars y Carmen Brannon

Por ALBERTO GUERRA TRIGUEROS

= Envío del autor, San Salvador, noviembre 4 de 1937 =

... Y, ante todo, el título. Perdóneme la autora: este artículo lleva cierta pretensión de crítica imparcial. Por lo tanto, no puede quedarse en ditirambo ciego, todo él hecho de elogio, por el elogio y para el elogio. En tal virtud, créome en el caso de aclarar que no estoy plenamente de acuerdo con ese título de *Canción Redonda**. No porque no sea eufónico, sugerente, moderno, muy completo, muy rotundo y muy «redondo»...: todas estas cualidades debo reconocérselas sinceramente. Sino por dos razones bien distintas: la una de carácter extrínseco, material hasta cierto punto, ya que atañe a la técnica literaria y a las relaciones con otros escritores; de orden intrínseco la otra, y en cierta medida, espiritual: pues que relativa al equilibrio interno, a la íntima armonía o arquitectura de la obra misma.

Desde el primer punto de vista, nada reprochable—sino por el contrario, mucho de sugestiva y auténtica Poesía, de la mejor y de la más moderna—podría yo objetarle a ese título de *Canción Redonda*. Por si algo faltara para hacerlo asequible al lector menos avezado a la poesía de hoy, ahí está todo explicado en el primer poema, *Canción Redonda* también. Y ahí está por otra parte—en azul, gris y negro sobre blanco—, la interesante y decorativa portada de Salarrué: cósmica, zodiacal; clara y honda, nocturna y meridiana, manvantárica y praláyica, con su aguda flecha azul rasgando cosmos negros, cosmos blancos, costos grises, hasta la Última Thule de la Noche redonda:

*La flecha de mi anhelo romperá la tiniebla
sin perder su destino;
y la red de mi ensueño ha de alcanzar distantes
luceros sorprendidos.*

Pero—siempre en ese aspecto externo y material—hay desgraciadamente un pero. Y es una lástima. Pero es un pero gordo, bien que talvez involuntario: garcilorquiano, nada menos. Porque esto de «canciones redondas»—aplicado a pechos femeniles—lo encontramos ya en García Lorca: si mal no recuerdo, en aquella Soledad Montoya del *Romance de la Pena Negra*; a la que por cierto alude la propia autora en su *Romance del Romancero Gitano*—uno de los más bellos poemas del libro—, precisamente dedicado al triste fin, al estupendo fin de García Lorca ante las balas estúpidas. (La estupidez es de todos los bandos y de los tiempos todos).

La otra objeción es más grave—aunque más sutil y menos accesible al vulgo—, precisamente por cuanto se refiere al fondo mismo de la obra. Consiste en que este libro no es en realidad, según mi sentir, una verdadera *Canción Redonda*:

* Véase Claudia Lars: *Canción Redonda*. Ediciones del Convivio. San José de Costa Rica, 1937.



Claudia Lars

(Carmen Brannon)

(1937)

da: en el sentido al menos, que parece desprenderse del primer poema antes citado. No es una *Canción Redonda* en el sentido cósmico, universal y absoluto—síntesis completa y acabada de toda vibración, de toda poesía, de todo sentimiento y de toda sensación—que a tales palabras asigna la autora en su *Canción Redonda*:

*... Aprenderé a mirar con ojos de vidente
las cosas y los signos;
y sabré descubrir, en cada acción, la causa
y el humano sentido.*

*La flecha de mi anhelo romperá la tiniebla
sin perder su destino;
y la red de mi ensueño ha de alcanzar distantes
luceros sorprendidos...*

*... Y cuando en la belleza de mi canción redonda
no falte ni un sonido,
la soltaré en el aire... Y escogeré, callada,
los rumbos del olvido.*

Como programa, no puede estar mejor. Pero nunca como síntesis de este libro. Porque, repito, no es éste un libro amplio, *comprehensivo*, omniabarcante, a la manera panteística o nirvánica del Oriente, a la manera apolínea de Grecia. Es más bien, un libro humano, sensitivo, hondo: *hondo* hasta el grado a veces de ser *profundo*, lo que por lo general es cosa bien distinta. Un libro intensamente vivido. Con toda vida. Con toda «pasión», o sea con todo sufrimiento. Con todo calor. Con todo amor; con dolor; con toda sangre. Un libro, en una palabra, *dionisiaco* más bien que apolíneo.

Dionisiaco y druídico. Esto último no ha de extrañarnos, dada la mitad de sangre celta que corre por las venas de esta compleja y primitivísima Claudia Lars; de esta doble personalidad que es—como lo indica su nombre doble—la hispano-irlandesa Carmen Brannon. Oscuras afini-

dades de estas dos sangres, tan a menudo y tan reciamente combinadas en nuestra raza ibérica: como lo demuestran todos esos Oconor, Odonojú (O'Donnohue), O'Leary, Osborne, Maldonado (Mac. Donald), O'Higgins, O'Byrne, y Odonel (O'Donnell) que andan dispersos por toda España y toda América, donde tan activamente participaron siempre en toda suerte de contiendas nacionales o intestinas. E inversamente, ahí está todavía la sangre ibérica en Irlanda, siempre activa: Eamon de Valera... ¿No es así?

Dejando, con todo, a un lado este paréntesis racial—tan sugestivo que bien merecería más amplio desarrollo—, debo insistir sobre la importancia que a mi entender encierra, aunque no lo parezca, ese íntimo desacuerdo, esa divergencia, ese antagonismo que creo advertir entre la obra y su título; y que es signo a mi entender de cierta recóndita dualidad, de cierta incompreensión íntima, de cierta enemistad profunda entre esas dos personalidades de la autora: no ya sólo entre la irlandesa y la indohispana—entre «Carmen» y «Brannon», o en un plano más elevado entre «Claudia» y «Lars»—, sino además, globalmente, entre la entera persona material de *Carmen Brannon*, su «yo inferior» que diría un teósofo—y la total persona literaria y espiritual de *Claudia Lars*: su *Yo superior* y con mayúscula, en el sentido teosófico de la palabra *Yo*.

Porque una, pese a su doble sangre, *Una* es en la superficie Carmen Brannon; y *Otra* muy otra, otra diametralmente opuesta y aun hostil a la primera, otra muy *Otra* y muy *Una* también, es en el fondo Claudia Lars. Y ambas se revelan, antagónicamente — *agónicamente*, diría Unamuno—no ya en su personalidad cotidiana que todos conocemos: superficial y profunda, apasionada y frívola, humana y femenil, «poetisa» a veces en el peor sentido de la palabra, y a ratos Poeta verdadero, asexuado y angélico en el alcance más alto y más humano que pueda atribuírsele a un Poeta; no ya, digo, en esa doble personalidad diaria que todos le conocemos, sino en su propio desconocimiento del verdadero carácter dionisiaco y atormentado de su libro. Desconocimiento, que como dejo dicho, llega hasta relegar a un puesto humilde dentro del volumen y aun dentro de su propia apreciación, dos de sus poemas característicos, probablemente los más recios y más bellos—*Arbol de Sangre* y *Primera Canción de Otoño*—para ceder en cambio la primacía absoluta, nada menos que la primacía del título, a una composición relativamente mediocre como es, en mi sentir, esa *Canción Redonda*. Y es que, ignorándose como parece ignorarse a sí misma, Claudia Lars no ha comprendido—insisto en ello—lo que cualquiera puede apreciar a la primera ojeada. Que no es su libro una *Canción Redonda*, una canción amplísima y serenísima, totalitaria y apolínea, sino sencillamente *Una Canción de Amor*. De amor inquieto. De amor atormentado y tormentoso. Un poema dionisiaco. Una serie de *Antifonas del Amor Inmutable*. Cada vez más vividas. Cada vez más dolidas y más hondas. Hasta culminar agudamente, intensamen-

te, dolorosamente, en la *Primera Canción de Otoño*, en la *Canción del Adiós que se Presente*, y en ese maravilloso *Arbol de Sangre*, que es en mi opinión el poemá-síntesis del libro, si es que no el libro mismo.

Porque así, y no de otra manera. Así, *Arbol de Sangre*, así debió llamarse el dulce y fuerte libro de nuestra Claudia Lars. Porque eso es realmente: un Arbol de Sangre. Un árbol de amor y de dolor, arraigado en lo más hondo de su corazón de mujer y de su alma de Hombre. En su cuerpo de «poetisa», y en su espíritu de Poeta. Un Arbol de Sangre, arraigado en la Tierra—en la tierra y en el barro de su carne—, pero florido de astros en el Cielo. Pasando, por el móvil camino de su savia sangrienta, desde la raíz oscura y doliente sembrada como una arteria en su corazón, hasta la inmensa copa altísima, auroral y hospitalaria para todos. Donde no existen ya la tierra ni el dolor, ni la noche, porque allí todas las flores son de luz entre la sombra del follaje. Y son como la voz y la esencia misma de la fronda, y del tronco, y de la savia y de la raíz misma, y aun de la misma Tierra. De la Tierra oscura, y de la Noche oscura, y del oscuro y total Universo de Universos.

¿Qué cosa es un árbol, en efecto, sino la voz de la sombra y de la Tierra? ¿Y qué un Arbol de Sangre, sino la expresión viva y humana del dolor del mundo? ¿Qué es un hombre, qué es una mujer sino un doloroso Arbol de Sangre para expresar y cobijar amorosamente el dolor de todos los hombres, el dolor del Hombre: a su vez conciencia y expresión del Universo? Y qué es un libro de versos—qué es toda obra de arte—sino un Arbol de Sangre plantado en el corazón

de un hombre; subiendo calladamente desde la raíz paciente y tenebrosa—desde el barro, común al hombre y al animal, a la planta y a la tierra—, hasta la milagrosa y luminosa floración de su espíritu en los cielos: hasta el Espíritu altísimo y libérrimo, común al ángel y al hombre, y a la estrella, y al espacio sin límites. Hasta el Espíritu que en sí mismo es Flor altísima. Flor de liberación y de eternidad; pero que sólo más allá de sí mismo y más allá de la Flor perfecta y pura: sólo por la semilla, por el Fruto maduro y putrescible, sólo por el Fruto que es el hombre, puede regresar a la Tierra y al lodo a cumplir un nuevo ciclo, y a germinar otra vez en el corazón doliente de otros hombres. Porque el Hombre mismo «es el Camino, la Verdad y la Vida». Y el Hombre es un Arbol de Sangre. Y no puede ni podrá nunca liberarse de sí mismo. A no ser por el camino egoísta de la «Muerte Segunda», de la aniquilación y del Nirvana. Que sería la negación eterna de la Vida y del Espíritu, la rebelión luciferina del hombre contra el Hombre, y del hombre contra Dios.

Aunque sólo este *Arbol de Sangre* nos hubiese dado Claudia Lars, creo sinceramente que su nombre se salvaría definitivamente del olvido. Por eso lamento de todo corazón que no se le haya concedido mayor espacio y preeminencia: denominando al libro entero *Arbol de Sangre* y colocando esta composición a la entrada, como pórtico y síntesis completa de la obra. Y por eso no resisto—no quiero resistir—al «deleitoso dolor» de copiar aquí las principales ramas de este cuento Arbol amoroso:

Esta herida me duele con dolor deleitoso. Abierta como un surco, en su fondo germina semilla amarga y dulce que ha de eruirse, callada, en el tronco de fuerza y en la rama florida.

Arbol gigante y bello que juega con las nubes; su cabellera densa, peinada por la brisa, esconderá el arrullo de la paloma viuda y el primor complicado de la frágil orquídea.

Será la casa oculta del animal hurraño. Ha de lamer la bestia su raíz retorcida. Y quebrando jornadas el viajero del mundo apoyará en su tronco la carga de fatiga.

Rumoroso de trinos y adornado de gajos, meciendo bajo el sol frescura de caricia, con sus ventanas verdes por donde el cielo pasa, y en la corteza dura, cicatrices perdidas...

Su savia de dolor, potente y victoriosa, multiplicada en cantos, trocada en gallardía, empujada al azul y en el lodo sembrada, ha de ofrendarse a todos en dádiva sencilla.

Y tal vez una tarde, cuando estés viejo y solo, y en el recuerdo se abran puertas de lejanía, te ha de llegar un soplo de fragancia olvidada... ¡Sangre transfigurada en florescencia viva!

Todo lo dicho hasta aquí no significa, en manera alguna, que no puedan encontrarse en el volumen composiciones más acabadas y perfectas, de valor artístico, estético, formal, probablemente superior al de este *Arbol de Sangre*.

CANSANCIO MENTAL
NEURASTENIA
SURMENAGE
FATIGA GENERAL

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

Kinocola

el medicamento del
cual dice el
distinguido doctor
Peña Murrieta, que

«presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos severa
y científicamente».

Sin ir más lejos, ahí tenemos sus admirables *Romances*. Porque es Claudia Lars una cultivadora incansable y certera de este género poético, tan castellano y tan andaluz, tan antiguo y tan moderno. Para ello posee Claudia dotes incomparables: ante todo, la sencillez, la naturalidad, la difícil facilidad del verso. Cosas todas en mi opinión imprescindibles, para quien pretenda hoy destacarse en el romance—por moderno que éste sea—de entre toda esa vasta y anónima turba de «romanceros gitanos» que han brotado en toda la América y España, como hongos después de una noche lluviosa, después del pródigo prodigio de García Lorca.

Mucho habría que decir sobre el tema—siempre actual—de las modas literarias. Porque todos los artistas nos encontramos siempre, cuando lo somos de veras, presos entre el dilema ineludible de lo barroco y de lo clásico. De ser de nuestro tiempo, de nuestra hora y nuestro minuto, sin dejar por eso de ser de todos los tiempos. De ser todo lo «romántico» o «gongorino»—todo lo «moderno» posible—, sin dejar de ser todo lo «clásico» que sea dable: sin dejar de trabajar para lo *Eterno*, para lo sencillo y lo inmortal. De lo contrario, si únicamente nos preocupamos y «nos perecemos» por el modernismo de nuestra época, corremos el riesgo de perecer por él. Y de hacernos tarde o temprano incomprensibles o ridículos para otros «modernismos» más «modernos» todavía, y todavía más efímeros. Por eso la solución ideal consiste en tratar con sencillez, pero sin frialdad, temas eternos a fuerza de ser humanos, dentro de la modalidad de la época y del día y del minuto; pero buscando siempre, en esta modalidad, la parte de eternidad noble y sencilla que cabe siempre en cada segundo, pues que cada segundo es parte de ella, y es la eternidad el alma misma del segundo. La falta de atención y amor a este aspecto del problema, ha hecho fracasar definitivamente a más triunfadores del momento, que todos los derrotados del momentáneo y efímero «fracaso». Y esto es lo que yo llamaría, si tuviese tiempo y lugar para desarrollar en todas sus consecuencias tal doctrina, «el triunfo del Fracaso, y el fracaso del Triunfo». Doctrina que es la esencia misma del cristianismo, y que tan a menudo encontramos en aquellas intensas pinturas medioevales del *Triunfo de la Muerte*; particularmente, las de Andrea d'Orcagna en el Panteón de Pisa.

Así, después de aquella fiebre de dislocado maquinismo, de «loas a la letra minúscula», de «poesías aerodinámicas», «estratosféricas» o «telefonofotogénicas», o bien de poesías «proletarias», «sindicalistas», «económico-político-sociales» y otras de este jaez que tan de moda estuvieron pocos años atrás, vimos, alborozados al principio y hoy con cierta pesadumbre, insinuarse un nuevo y excesivo «modernismo», provocado entre nuestros poetas de último cuño por el refinado y malabárico gongorismo de García Lorca: en cierto sentido, un regreso al siglo XVII, a través de una artificiosa mentalidad «gitana» o popular, cuyas con-

secuencias, traducidas a lo «indígena» y lo «autóctono», han repercutido hondamente en América. Pero, en otro sentido, por lo menos entre los continuadores del andaluz, un morboso retorno, bajo nuevas formas sólo en apariencia «modernas», al corrupto «decadentismo» de hace veinte años. Bien está la moda del romance, en cuanto tiene de legítimamente claro y diáfano y sencillo, de hondamente y lealmente popular, de vigoroso y crudo realismo. Pero mal, muy mal está en cuanto sea sólo un pretexto a malsanas habilidades de juglar, que no llevan en el fondo otra virtualidad ni otro objeto que «épater le bourgeois»; ¡como si no hubiesen trascendido ya ochenta años desde Baudelaire acá!

Por eso mismo es grato encontrar, entre todos los pretendidos «romances» de hoy, algunos romances verdaderos que, como los de Claudia Lars, llevan impreso, además del signo de estos pocos años tan alambicados y oropelescos bajo el caudillaje absoluto del granadino, el cuño imborrable y auténtico de la auténtica Poesía. De esa Poesía que no pasa de moda, porque está siempre con los verdaderos poetas y no con los versificadores, sean éstos de la escuela que sean. Y que sólo por eso, por ser Poesía y no otra cosa más o menos mudable; por ser Poesía eterna y no mero y pasajero «modernismo», ha estado con García Lorca—no siempre—, como ha estado con muchos otros antes de él; y como estará después de él con todos los Poetas realmente unguados de la Gracia, que hubieren de ser en este mundo triste.

En este aspecto, realmente no sé cuál preferir de entre todos los romances de Claudia Lars. Maravilloso es, por ejemplo, ese trozo de vida, esa especie de autobiografía «pre-natal» que se llama el *Romance de mi Ensueño Viejo*, homenaje a la aventurera sangre céltica de su padre, fundida en ella con la gravedad estoica de la indohispánica savia maternal. Maravillosos también—habría que citarlos todos—el *Romance de los Tres Amigos*—tan regional, tan pictórico, tan «nuestro»; el sutilísimo y fragilísimo *Romance de la Niña de Plata*, (representación, acaso, del alma que se fuga en los sueños); el *Romance del Romancero Gitano*, ya citado, quizá lo mejor que hasta la fecha se haya escrito al rededor de la trágica muerte de García Lorca. Y sobre todo—muy por encima de todos éstos, a la par de los mejores poemas del libro—ese extraordinario *Romance de la Noche más Bella*, verdaderamente hipnótico en el hechizo de su magia lunar. Tan personal y tan in-

timo, y por lo mismo tan universal. Tan uránico y—¡oh Keyserling!—tan «telúrico», o telustre. Tan celestial y tan terreno. Tan humano y tan divino. Tan humilde y tan egregio, y tan soberanamente victorioso, que parece cantar, como un clarín de plata bajo la plata de la luna, el efímero y eterno Triunfo de la Vida sobre la muerte: ¡el Triunfo inmarcesible y deleznable!

... Después... Nunca fue una noche
mejor que la noche aquella.
Húmeda noche fragante.
Noche de luna canela.
Frente al lagar de la muerte
encendió la vida bella,
como una rosa gigante,
su llama de veinte lenguas.
¡Flor que nació en el barro
y besaba las estrellas!

* * *

Aunque no sean los Romances, según mi sentir, lo mejor que hay en el libro, sí son ellos, quizá, *lo más artístico*. Lo mejor labrado. Lo más emotivo, acaso, dentro de la más perfecta perfección. Y ya que hablo aquí de perfección formal, y precisamente en conexión con el romance, séame permitido referirme brevemente, y en lo posible sin pedantería, a la técnica poética empleada por Claudia Lars en su *Canción Redonda*; particularmente si se la compara con la de su anterior volumen de versos, *Estrellas en el Pozo**. Esta comparación encierra para mí cierto interés, más que por la técnica de esta escritora considerada aisladamente o estáticamente, por lo que ella representa como tendencia dinámica, dentro de las últimas orientaciones de la poesía. De la poesía femenina especialmente. Es para mí, en efecto, altamente sintomática de la moderna evolución literaria de la mujer americana—contando para ello con ejemplos tan altos, tan diversos y tan convincentes como los de Magda Portal, Blanca Luz Brum, María Alicia Domínguez, Teté Casuso y otras—, esa decidida reacción o regresión hacia una mayor sencillez, que recientemente he creído advertir en las letras femeninas de Hispanoamérica. Y esto, aun tratándose de mujeres tan «revolucionarias» en teoría como lo son Magda Portal y Mariblanca Sabas Alomá. En teoría, digo, y en la superficie; porque, por más que en la práctica hayan debido sufrir estas mujeres innumerables padecimientos, encierros y destierros bajo toda clase de tiranías, la honda realidad de sus íntimos sentimientos maternales se rebela y se rebelará siempre, dentro de ellas como dentro de toda mujer, contra toda teoría iconoclasta y destructora. En esto, como en todo, la mujer es rarísima vez innovadora o creadora: sigue casi siempre al hombre. Va casi siempre, hacia donde la llevan sus afectos. Fisiológicamente, pudiéramos decir, la mujer—sobre todo cuando es «muy mujer», como la hispanoamericana—, no puede ser sinceramente revolucionaria, sino conservadora en el fondo: relativamente, se entiende, al medio en que se

* Véase Claudia Lars: *Estrellas en el Pozo*. Ediciones del Convivio. San José de Costa Rica. 1934.

OCTAVIO JIMENEZ A.
ABOGADO Y NOTARIO
OFICINA
50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad
TELÉFONO 4184 - APARTADO 338

desenvuelva su vida. En modas literarias, como en teorías político-sociales, como en su ciclo fisiológico, la mujer verdadera evolucionará siempre de acuerdo con un ritmo no *solar* o *anual* sino esencialmente *mensual* o *lunar*: un ritmo reflejado, no directo. Porque todo en ella, empezando por su organización sexual, por su papel sexual pasivo y no activo, receptor y conceptivo más bien que engendradora y emisor, todo en la mujer tiende más bien a *conservar*, a cultivar amorosamente en su seno, con el riego de su propia sangre, la simiente varonil—ya sea intelectual o fisiológica—, que a crear o engendrar nuevos valores de vida. Por eso mismo, acaso, es ella la primera en advertir de lejos el peligro. En actuar como freno. En retener al hombre en una vía equivocada. Porque sólo ella presente de antemano, con su fino magnetismo de médium, de druidesa, de pitonisa en contacto siempre con la Naturaleza,—Madre también—sólo ella presente oscuramente el contenido antihumano, antisocial, destructor o simplemente inarmónico, que para el mundo puedan encerrar determinadas teorías apriorísticas de los varones. Y esto en todos los órdenes; pero muy particularmente en el terreno literario.

Así, mal pudiéramos extrañarnos de la nueva boga que ha venido adquiriendo en estos últimos tiempos ese neo-clasicismo que para muchos representa el gongorismo garci-lorquiano; para otros, la cuasi-prosa ruda y sencilla de cierto vanguardismo «proletario»; para otros, por último—y especialmente para las poetisas, para nuestra Claudia Lars entre otras—el retorno decidido a cierta simplicidad o humildad casi franciscana, casi helénica, casi becqueriana en la forma poética: pese a la aparente contradicción incluso en semejantes términos.

Característica esencial de esta nueva modalidad, es el abandono general de la rima aconsonantada, el «bijou d'un sou» que decía Verlaine; y la predilección, en cambio, por la asonancia exclusivamente vocálica. Aquella antigua asonancia castellana—la misma del Romancero del Cid, celosamente conservada hasta el día por nuestra lengua, única tal vez, con la posible excepción provenzal, de entre todas las lenguas europeas. A esta novísima y antiquísima afición por la asonancia, en gran medida ha contribuido sin duda la ya apuntada boga del romance, achacable según dejo dicho, al extraordinario talento personal de García Lorca. En este aspecto, resulta muy curioso—después de la preeminencia concedida en *Estrellas en el Pozo* al consonante en general y aun a esa forma «aguda» de él que es el soneto—: resulta, digo, curiosísimo constatar en esta *Canción Redonda*, no ya una preferencia decidida por el romance y otras formas aconsonantadas, sino sencillamente una total ausencia de todo soneto, y aun de toda rima consonante. Ausencia que extendida como está a todas las páginas del libro, por fuerza debe considerarse como voluntaria y sistemática. Y en esto consiste precisamente ese carácter de *síntoma*, de regreso más o menos consciente hacia la tradición clásica, que en mi concepto puede y debe atribuir-

sele a este desprecio por la rima. Sobre todo si se toma en cuenta la existencia en el libro, aparte de los romances, de ciertos «versos de pie quebrado», más o menos modernizados, pero innegables; de estrofas combinadas, no sólo de alejandrinos y heptasílabos, sino de endecasílabos y heptasílabos, reminiscentes de la clásica «silva» castellana; y hasta en cierta ocasión—muy feliz por cierto—de positivas *Rimas* (sic) a la manera de Bécquer.

Con lo dicho, y para no cansar al lector, basta ya por ahora de técnica poética.

... Y con todo, repito, no son los romances lo mejor que hay en el libro. Perfectos y acabados como lo son todos en su género no constituyen, por ningún concepto, lo más hondo, lo más alto, lo más espiritual: no son, en una palabra—para mi gusto al menos—lo más Poético. Porque la Poesía verdadera, la Poesía con mayúscula, según yo la entiendo, debe tender a transformar radicalmente, a transmutar, a transfigurar y transubstanciar totalmente el alma misma de los hombres. La poesía verdadera debe identificar y elevar conjuntamente, en una trascendente comunión mística, el alma del lector y el alma del Poeta. La Poesía verdadera no es, no debe ser un mero juego de niños. Tampoco es ni debe ser un mero «juego» musical: un juego elegante, armonioso, melódico y fluido, como un solo de flauta bajo la luna. La verdadera poesía es, para mí, algo profundamente serio, doloroso y desgarrador: lamento de violín ante la sangre última del sol. Algo que desgarrare materialmente la espesa corteza de la carne para que por la desgarradura pueda penetrar, con las palabras del poeta, el Mensaje del Espíritu: el viento violento de lo Alto «que sopla adonde quiere», moldeando y agitando las almas, sacando mundos de la nada. Por eso atribuyo la primacía en este libro a otro género de poemas, entre los cuales descuella decisivamente, por su contenido espiritual, su sencillez y su virtud emotiva, el ya mencionado *Arbol de Sangre*. Porque este poema—entre otros del mismo género, como el *Mensaje que no Espera Respuesta*, la emocionante *Canción de Media Noche*, la *Canción del Recuerdo Intacto* y otros más que mencionaré más adelante—, este poema trae verdaderamente un Mensaje de lo Alto para todos los que han amado, para todos los poetas y artistas, y en general para todos los hombres. Pero tiene además el mérito de su perfecta adaptación sintética al tono general de la obra. Tónica de amor inquieto y doloroso, purificado progresivamente por el auto-sacrificio, que se ve correr a lo largo de

Método predilecto el de César era el de hacer política indígena y progresar de tribu en tribu, empleando las unas contra las otras.

(Nota sacada del libro *Historia de Inglaterra*, por André Maurois. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1937).

todas las páginas, acendrándose gradualmente, hasta culminar en la última. Allí, después de la serena *Antifona del Amor Inmutable*—en ciertos aspectos lo más perfecto y definitivo del libro—; después de la valiente *Canción de Otoño*, con su recia estrofa final:

*Cuando termina el canto en una boca,
en otra boca empieza.
¡Y del lodo podrido se levanta
la nueva primavera!*

y después, sobre todo, de esa admirable *Canción del Adiós que se Presiente*, en la que vuelve a surgir—ya más diáfana—alquitarada en lágrimas—aquella misma sangre de aquel *Arbol*; allí, después de todo esto, que bien pudiera representar el ciclo total de una vida: allí, digo, en esa última página, en esa *Canción del Alma que Comprende*, Carmen Brannon ha comenzado a comprender, místicamente, la lección de la Vida. A comprender, y a comprenderse: una sola y misma cosa. Porque allí Carmen Brannon, desprendiéndose finalmente de todo lo terreno y material, de todo lo que hasta hoy aherroja y oprime a su alto espíritu, ligándole y atándole a ese potro de tormento que es su propia carne, su propia vida, su propia personalidad pequeña y dionisiaca de faunesa y de druidesa: allí Carmen Brannon ha disparado por primera vez la alta «flecha de su anhelo, rompiendo la tiniebla», hasta lo más alto y augusto del Reino de los Cielos.

Allí, por fin y de una vez para siempre, después de tanto bregar con el amor y el dolor; después de tanto cantar y tanto llorar y tanto amar, allí por fin Carmen Brannon ha dejado de ser Carmen Brannon; y se ha transmutado y transfigurado, totalmente, en *Claudia Lars*. Allí la poetisa se ha convertido en el Poeta. Allí la mujer se ha transformado en el Hombre: es decir, en el Ángel. Y allí, en ese Tabor sublime de su transfiguración final, allí «sus vestiduras—como las de Cristo—son blancas como la nieve blanca, y su faz resplandece como el sol».

Porque allí esplende el Espíritu a través de todas las vestiduras de la carne. Y he aquí que, de pronto, tal como vuela entero el mar en alas de la brisa, he aquí que llega hasta nosotros el soplo de una fragancia lejanísima. ¡Y es que el Arbol de Sangre ha florecido al fin!

El Arbol del Sacrificio ha florecido. Ha florecido místicamente, el Bálsamo. Ha florecido, allá arriba, en lo más alto de la Noche.

Hasta la copa inmensa de la sombra, penosamente, dificultosamente, dolorosamente, ha subido la savia de su sangre. Por las oscuras y tortuosas raíces; por el tronco áspero y nudoso; por las potentes ramas retorcidas; por todo el vasto y sombrío follaje, hasta la Copa libre que cubre al mundo y se confunde con la Noche, ¡ha subido la savia de su sangre!

Y ahora es su sangre la savia misma del Arbol de la Noche.

Ahora toda su sangre, «transfigurada en florecencia viva», ¡toda su sangre es ya una sola floración de estrellas!

Y así todos nosotros—¡Dios lo quiera!—todos nosotros floreceremos algún día.

Sonetos

De EMILIO C. LEFORT

= Envío del autor, University of Minnesota, Minneapolis, 11 de noviembre de 1937 =

Solsticio de verano

(Acuarela de los lagos del Norte)

Lagos del Norte, vagos, que en austeras quietudes,
reflejan de las islas los sombríos pinares;
los abedules pálidos, cual los cirios de altares,
visten la nieve eterna de invernales aludes.

El tedio de brumosas, lejanas, latitudes,
trae el ocaso lento de las luces polares;
los barrancos sus sombras de drúidicos sillares,
proyectan en las ondas sus vastas plenitudes.

El oscilante ritmo del ramaje en el viento,
se oye a leve en la orilla del undulante monte.
De pronto en el incierto confín de lago y cielo,

el ave «loon» doliente lanza ululante acento;
y aclarando la línea indecisa en su vuelo,
¡una gaviota blanca subraya el horizonte!...


Lake of the Woods, frontera EE. UU.-
Canadá Lat. 49N.—Julio de 1936.

Equinoccio autumnal

(Vértices al Sur)

Las aves migratorias en errante fortuna
ya del Norte se alejan. Las Auroras Boreales,
pálido un rumbo alumbran por brumas autumnales...
Cae la noche... calma... súbito el eco de una

¡ave «loon» en los lagos ululando a la luna!
¡Súplica gemebunda! ¡Exorcismos fatales...!
Numen del indio errante que en confines glaciales,
reencarnado entre nieblas con el ave se aduna...

Crepúsculos sombríos preludian las partidas;
constelan cielos grises raudas  en bandadas,
los ánsares en su éxodo del invernal augur;

reflejan sus siluetas en las aguas dormidas,
hacia horizontes cálidos las alas orientadas,
¡son ángulos alados con vértices al Sur...!

Rainy Lake, Frontera de los EE. UU.-Canadá,
Octubre de 1936.

Equinoccio vernal

Desangran las colinas sus nieves invernales.
Inician vasta plétora las rojas alboradas;
rotas arterias turbias de limos germinales,
en hemorragia lenta, bajan las hondonadas.

Mil venas borbollantes desbordan sus caudales;
la linfa fértil, rauda, por la selva en oleadas,

zigzaguea su rezongo entre los robledales,
e impregna en su hondo fondo las raíces crispadas.

De las transmutaciones de una Alquimia profunda,
en explosión de yemas, la savia al sol emana.
La noche enciende signos de gestación fecunda:

En el Zodiaco alumbra Aldebarán las huellas;
Aries, marcando el rumbo, guía su caravana...
¡En cósmico insomnio velan, palpitantes estrellas...!

Lac La Croix, Frontera de EE. UU.-Canadá.
Abril de 1936.

K. A.

Ante el "War Memorial"

erigido en el viejo castillo de Edinburgo

Lord of our far-flung battle line.
Beneath whose awful hand we hold
Dominion over palm and pine.
Lord God of Hosts, be with us yet,
Lest we forget.--Lest we forget!

Recessional.—RUDYARD KIPLING.

¡Eternidad granítica! ¡Peñón, bloque de sierra!
¡Sombrío y formidable en la cumbre escarpada!
Alcázar de Edinburgo, roca ruda tallada,
por la Historia en los siglos de fragor y de guerra.

Escocia allí a sus héroes símbolo eterno encierra:
bajorrelieves, pórfidos, que evocan la jornada...
Francia, Jutland, Galípoli... Guardan en la morada,
invocando las tumbas lejanas de Inglaterra,

innumerables folios-records de las batallas...
nombres sin fin..., dos letras..., descifrando el misterio,
heroicas, sobrias, últimas, retumban en la cima:

K/A... «Killed in Action», leit motif de metrallas;
ecos de Klans... MacPhersons... Cámerons... al Imperio,
cantan Cantar de Gesta de estrofa monorríma...!

Edinburgo, Escocia.
Agosto 1936.

...Pero no! En la imaginación española, no entra el progreso
rápido, súbito, que transforma en los Estados Unidos un bosque
en una capital, un eriazó en una provincia que manda dos dipu-
tados al congreso. Lo que antes fue, será siempre, y tienen razón;
el rey y la república, la libertad y el despotismo, todos pueden
pasar sobre los pueblos españoles, sin cambiarles la fisonomía
árabe, berberisca, estereotipada indeleblemente.

(De Sarmiento en enero de 1846. De *Viajes*, tomo V de sus *Obras*.
Santiago de Chile. 1886).

El proceso de Moscú...

(Viene de la página 292)

Vyshinsky:—¿Cómo era usted tratado? ¿Estaba usted bien atendido en la prisión, eran buenas las condiciones?

Norkin:—Muy buenas. ¿Me pregunta usted sobre las influencias exteriores?

Vyshinsky:—Sí.

Norkin:—No hubo presión alguna.

Vyshinsky:—A un hombre se le puede suprimir la buena alimentación, impedir el sueño. —Sabemos esto por el trato en las prisiones capitalistas.—También puede carecer de cigarrillos...

Norkin:—Si es a eso a lo que Ud. se refiere, no hubo nada semejante.

Vyshinsky:—¿Les alimentaban bien?

Norkin:—Eran sumamente atentos.

Vyshinsky:—Los cargos en su contra eran de bastante peso; ¿hicieron algún papel esos cargos?

Norkin:—Lo que más obró fué por cierto el que yo me convenciera de la inutilidad de la lucha y me diera cuenta que era necesario poner en claro todo el asunto.

*

A mí me parece que este fragmento deja traslucir una presión bastante fuerte, aunque ésta no fuese presión exterior en forma de tortura o privaciones. A Norkin no le fué permitido sentirse en la cárcel como en su casa, aunque sus carceleros fueran «sumamente atentos». (Yo me pregunto si esta frase sonará en ruso tan siniestra como en inglés). Pero finalmente confesó, por cierto sentido de culpabilidad y porque era necesario «poner en claro el asunto». Pasó lo mismo con Muralov, un buen hombre irascible de sesenta años que se resistió durante ocho meses, tiempo dos veces más largo que cualquiera de los otros. Radek, arrestado al último, sólo confesó unos pocos días antes de iniciarse la vista del proceso: esperó hasta que las dieciséis declaraciones de sus compañeros se fueron acumulando en contra suya.

Me parece a mí que las confesiones fueron indudablemente sinceras. Pero no quiere esto decir que cada palabra de los prisioneros fuese cierta, ni aun subjetivamente. Algunos de ellos aparentemente dijeron menos que la verdad, en el esfuerzo por proteger a sus amigos. Algunos pueden haber dicho más de la verdad,

con la esperanza de escapar con una sentencia más benigna, o en el caso de Shetov por pura bravata. Y en algunos de ellos se desarrolló un odio a Trotsky tan fuerte que parece aun hoy emanar de sus sepulturas. Pueden haberse salido de sus casillas para vengarse de lo que consideraron como una traición a ellos y a la causa común. Todas estas posibilidades deben ser consideradas.

No obstante, la parte fundamental de la acusación fué probada sin dejar lugar a mayores dudas. Los acusados habían combatido a su propio gobierno con sabotaje y terrorismo. Habían conspirado contra la vida de Stalin y de sus principales colaboradores. Habían causado una serie de desrielamientos de trenes en Siberia Occidental y en los Urales, incluso uno en que perecieron veintinueve soldados del Ejército Rojo. Habían sido autores de tremendas explosiones en plantas eléctricas y químicas. Habían hecho deliberadamente planes erróneos para fábricas y minas en forma de que la producción fuese lenta y los accidentes aumentasen; le entregaron a agentes del Gobierno alemán tres fórmulas químicas secretas, y habían delatado el plan de movilización de los ferrocarriles de Siberia a espías japoneses. Todo esto habían hecho bajo la impresión de que estaban interpretando fielmente «las directivas del centro», en otras palabras, a Trotsky mismo.

*

Pero hay otros puntos de la acusación que parecen menos esclarecidos y menos atestiguados.

¿Intentaba realmente Trotsky restablecer el Capitalismo en Rusia? ¿Conspiró con los japoneses y los alemanes, prometiéndoles que sus adeptos trabajarían en debilitar el ejército ruso, y recibió a su vez la promesa de que así Hitler lo apoyaría para llegar al poder? A primera vista este cuento parece increíble. Este cargo fué imputado solamente por el testimonio de Radek (quien recibió cartas de Trotsky que posteriormente quemó), y de Pyatakov (quien dice que fué por avión de Berlín a Oslo a celebrar una entrevista con su jefe). Indirectamente los otros dos miembros del «Centro de Reserva», Sokolnikov y Serebryakov también apoyaron este cargo en sus declaraciones, porque

oyeron esta información a sus asociados; y también por la declaración de Rohm y Bukhartzev que actuaron de mediadores.

Trotsky niega de principio a fin esta versión. Asegura haber estado en el Sur de Francia bajo vigilancia policial en los momentos en que Rohm dice que se estaban entrevistando en París. Las autoridades del aeropuerto de Oslo también contradicen en parte la afirmación de que un aeroplano extranjero haya aterrizado durante los meses en que Pyatakov asegura haber estado allí: a esto responden los comunistas que hay otros campos de aterrizaje cerca de Oslo.

*

Sobre estos puntos creo que no debemos formarnos opinión hasta que ambos campos produzcan pruebas más claras. El punto principal por esclarecer aquí es la buena fe y la escrupulosidad de las autoridades soviéticas. No me parece que la inocencia ni la culpabilidad moral de Trotsky estén realmente en el tapete; no hay duda de que él odia al Gobierno Soviético y desea desbancarlo; él mismo no lo niega. Por otro lado, a él no se le podría declarar traidor a Rusia por la sencilla razón de que él no se considera ciudadano ruso; a sus propios ojos él es un ciudadano de la revolución. Desde el momento en que, hace algunos años, consideró que el actual Gobierno ruso era un peligro para la revolución mundial, y sin duda el peligro mayor, se impuso el deber moral de atacarlo por todos los medios a su alcance. No veo razones morales que le impidieran pactar con estados extranjeros. Los bolcheviques habían sido «derrotistas» durante la Guerra Mundial. Lenín viajó por Alemania en un tren blindado. Además el propósito de este pacto sería hacer de Trotsky el amo de Rusia; después de obtener esta finalidad bien podía darse vuelta contra sus aliados, y mediante la fuerza de su genio despertar el espíritu de rebeldía que duerme bajo la superficie en Alemania, Italia y Japón. Vendría, por fin, así, la Revolución Mundial con toda su sangre y promesas para el futuro... Así no es como ocurren las cosas en la historia. Pero es con frecuencia como ocurren en las mentes de los revolucionarios que conspiran para destruir lo bueno en aras de lo mejor.

(Concluye en el próximo número)

Breve apunte sobre una...

(Viene de la página final)

mundo, la libertad de prensa es para las masas desposeídas una mera abstracción sin raíces en la realidad, mientras que para los poderes económico-políticos poseedores de los medios materiales de propaganda—imprentas, radios, sa-

las de espectáculos,—es un instrumento insuperable de dominación. Gracias a ellos pueden los imperialismos y las clases poseyentes acomodar a sus intereses y fines, deformándola, la psicología y la ideología de las masas oprimidas. Y si el

destino ulterior de la cultura, —de la verdadera elaboración y disfrute de las grandes masas que hoy viven a su margen,—está ligado al triunfo de las armas populares españolas, es porque ellas asegurarán una base material valiosísima para una vasta difusión ideológica que no será jamás mera propaganda al servicio de

minorías privilegiadas, sino medio de liberación e integración del hombre integral. (No puedo expresar más ni mejor cuanto quisiera decir mucho y bien. Quizás pueda encontrar, entre la prisa y agonía de estos días, reposo y plenitud para ensayar una revisión a todo lo ancho y lo largo de las lecciones de la revolución española).

Canción de los ojos ciegos

= Envío de doña Julia de Pertus. Barranquilla, octubre de 1937 =

A su amor me ligó la áurea cadena
de su dulce mirada,
mirada de candor, de niño bueno,
llena de castidad que iluminaba
de mi existencia el áspero sendero...
¡Oh luz azul de su pupila clara!

Penetraron sus ojos las arcanas
regiones de mi alma,
sus lumbres ahuyentaron tinieblas...
y el dolor que mi vida taladraba
tuvo un divino florecer de estrellas
bajo la luz de sus pupilas claras!

Mucho tiempo pasó; los dos, unidos,
vencimos el Dolor;
desafiamos serenos los peligros,
brilló nuestra sonrisa bajo el sol
y dulce néctar del amor bebimos
en deslumbrante cáliz de pasión.

ceguera inesperada
al trágico mandato del Destino
cayó sobre sus ojos de esmeralda,
y se apagó por siempre aquel destello
que mi vida doliente iluminaba!

Bajo la noche aciaga y tenebrosa
que apagó su mirar
mi cuerpo todo se envolvió en la sombra
y fué una rosa pálida mi faz!
un rictus de sollozo hay en mi boca
que sus besos jamás han de borrar.

Oh estrellas de mi amor! Claras pu-
[pilas
para siempre cerradas...
Sombra que empalidece mis mejillas,
que mis tímidos pasos acobarda...
Tiniebla que cegara aquella vida
y en un sudario me envolviera el alma!

MARZIA DE LUSIGNAN

Un día fatal—que nunca tendrá ol-
[vido—

Bogotá, 1937.

Este semanario—la suscripción semestral o anual—lo consigue en los E. E. U. U. por medio de: F. W. FAXON Co.

83 Francis Str. - Back Bay, Boston, Mass.

«In Angello Cum Libello».- Kempis

En un rinconcito con un librito,
un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE - DELICIOSO - SIN IGUAL

Fábrica Nacional de Licores

San José, Costa Rica

Señal y ejemplo...

(Viene de la página 296)

teña, cuando sólo pensaban todos que eran libros y amas y bachilleres lo que mediría para siempre el crepúsculo de su vida.

Aquí está la honda señal de los tiempos. Es una cabeza armiñada, son unas manos envejecidas, las que dicen al rostro lampiño y a los ademanes nerviosos, que todo lo español, desde Díaz de Vivar hasta Sancho, desde don Pablos hasta las manos evanescentes que pintaba el Candiota, ha sido puesto a arder en nuevo Sagunto. Ejemplo de José R. Miaja: señal íntima de la palabra más viva, del mensaje más profundo de la Vida, que llega a los hombres tras de todas las angustias y a rastras de todas las amarguras: toda la vida ha de estar alerta, vigilante, activa, sobre la Vida. Los infantes en sus cunas alegran el mundo y lo hacen feliz. Los ancianos exhiben todas las huellas del tiempo y aupan, en recta ejemplaridad, el triunfo de la calma, de la serenidad, de la experiencia. Una partícula de sangre en las venas, aun cuando sea la última, mensajera de la muerte inexorable, basta para que el Hombre eche a andar hacia los más lejanos horizontes. Y sobre toda la tierra estremecida, por todo su perímetro incendiado, no hay más que una sola generación de hombres: el Hombre. Y no hay sino tan sólo un destino bajo el cielo: el Destino del Hombre.

El tirano busca siempre las apariencias legales

¡Extraño complejo el sentimiento político tiránico! En la cumbre del Poder, sin control ni freno para sus actos y caprichos, el despota que se encarama y alardea de su desprecio a la ley constituida, necesita siempre unos órganos, testaferrros judiciales que den a sus actos una apariencia legal, de la que tanto huye.

Todos los regímenes de fuerza, todos los Poderes oligárquicos, han sabido desembarazarse de las trabas y sujeciones morales y políticas, pero no han sabido prescindir de la formalidad y tramitación jurídica; y en todas estas situaciones dictatoriales, la cámara del Dictador, abre siempre su puerta de comunicación, con el cuarto mal ventilado y oscuro, donde unos curiales improvisados se inclinan sobre el papel de oficio.

(De Antonio Ruiz Vilaplana, en su libro *Doy fe...* Un año de actuación en la España nacionalista. París. 1937).

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscripción Mensual: ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

Exterior:
EL SEMESTRE: \$ 3.00
EL AÑO: \$ 5.00 Oro Am.
GIRO BANCARIO SOBRE
NUEVA YORK

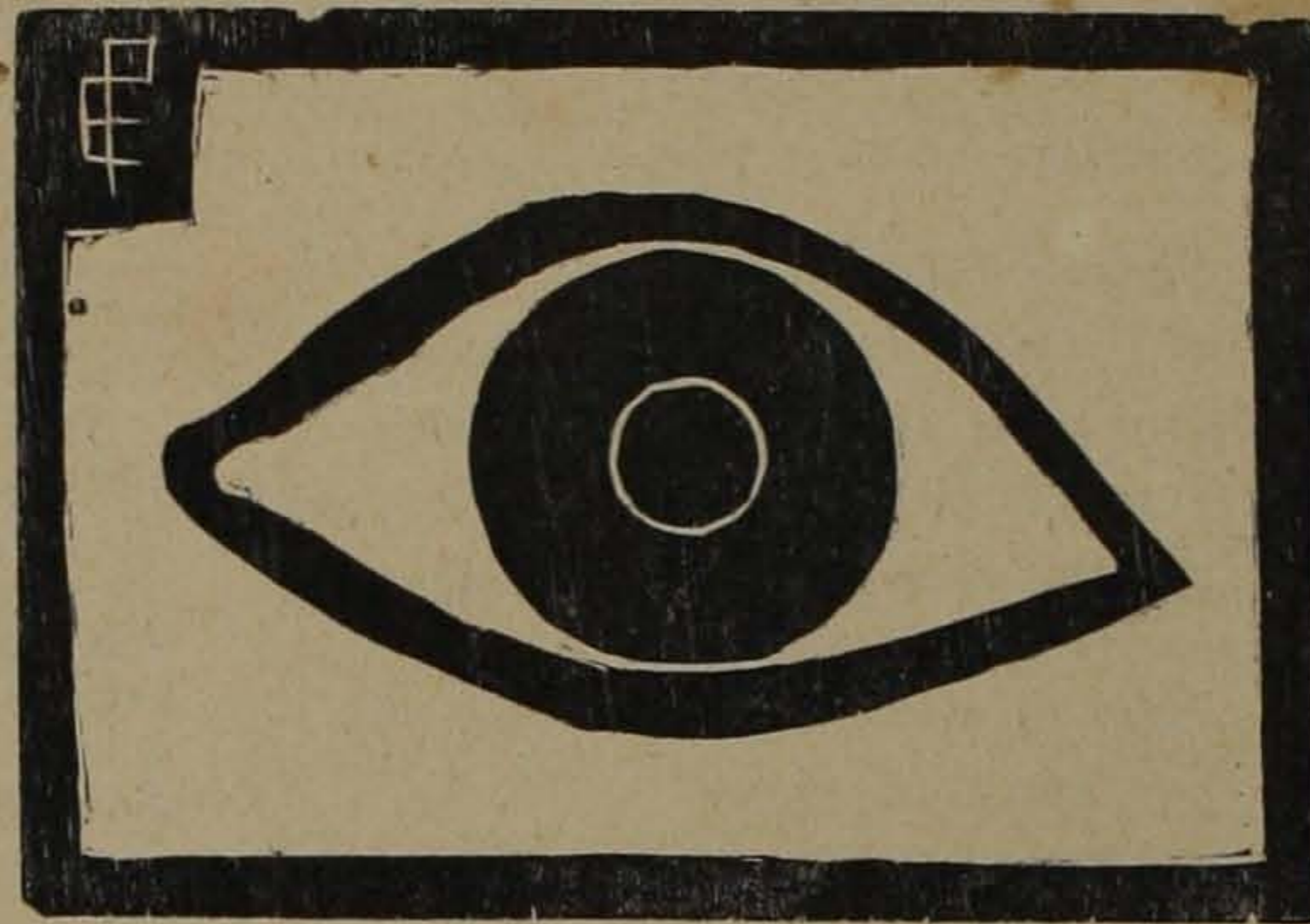
Breve apunte sobre una de las grandes lecciones de la Revolución Española

Por *DIOGENES DE LA ROSA*

= De España Leal, Panamá, R. de P., Setiembre 1.º de 1937 =

La guerra internacional que ensangrienta a España viene a recordar muchas cosas que la historia había enseñado ya, pero que parecían olvidadas. Sea cual fuere el desenlace inmediato de la contienda—y nosotros, a pesar de todos los reveses, guardamos intacta nuestra esperanza en el triunfo de las masas populares—sólo la actualización de esas enseñanzas hará que no sean perdidos los tremendos sacrificios que le ha exigido al pueblo español por la casta militar fascistizada.

A una sola de esas lecciones vamos a referirnos someramente, que todas juntas dan tema para dilatadas consideraciones. Acabamos de aprender nuevamente que en las actuales condiciones del mundo la llamada libertad de prensa no es sino la careta fraudulenta que oculta la tiranía de los poderes económicos vigentes sobre el espíritu, la mente, la conciencia de centenares de millones de hombres. Ya la guerra mundial de 1914-18 nos había presentado esta lección en términos inequívocos. El predominio de las armas aliadas sobre la coalición de los imperios centrales no fue única y exclusivamente la victoria de una mayor potencialidad económica y militar. Fue también, y en grado sumo, la conquista de la simpatía, de las ilusiones, de las esperanzas de las maltratadas multitudes del mundo por la propaganda redentorista de los aliados, por el mesianismo democrático de Wilson. Francia e Inglaterra, primero, los Estados Unidos, después, lograron promover y organizar en todo el mundo una «movilización de los espíritus» que les ayudó a ganar la guerra en la retaguardia. El enorme y minucioso aparato de propaganda montado por los aliados y movido a fuerza de toneladas de oro pudo sustraer a la mirada de los pueblos los fines miserablemente comerciales de la guerra, los intereses rapaces que movían a uno y otro bando, y presentar la posición de los aliados como una defensa de la «democracia» mun-



Mirando cainitas

[Madera de Emilia Prieto]

dial contra el kaiserismo teutón, como la respuesta de la «civilización occidental» a la «Kultur» tudesca. Y ese engaño fue, sin duda, uno de los factores de su triunfo. De una victoria que si, como lo confiesa uno de sus fautores, Georges Clemenceau, tuvo «grandezas y miserias», éstas sobrepasaron a aquéllas de modo tan absoluto que el mundo no ha conseguido liberarse aún de los sufrimientos infinitos con que lo aprisionaron.

Pero la humanidad parecía dispuesta a olvidar lección tan grandiosa. Y la contienda en España ha venido a reafirmarla con caracteres trágicos e igneos. Desde el primer instante del alzamiento militar fascista los pequeños círculos poseedores de la «gran prensa» industrial, de los bancos, de las industrias, de los instrumentos de comunicación material y mental se mancomunaron para cubrir con los falsos arreboles de una múltiple mentira la cárdena y macabra verdad de los intereses y motivos reales que engendraron el pronunciamiento. Todos los imperialismos del mundo, el inglés, el francés, el alemán, el italiano, el yanqui, el nipón, se dieron cita sin faltar ninguno y lanzaron íntegros los recursos de una poderosísima propaganda a la conquista de la credulidad, la inconsciencia y, también, los prejuicios y las ilusiones de las masas oprimidas de la tierra. To-

do lo han falseado, deformado, adulterado. Nada ha surgido ileso de sus artes de mixtificación. Las grandes palabras embriagadoras han sido inyectadas a las masas y no «pacífica» y «democráticamente» —en dosis brutales como antídoto de una supuesta intoxicación mortal. La «civilización blanca» contra la «barbarie roja». El «orden occidental» contra el «caos asiático». La «sociedad» contra las «fuerzas disolventes». Y para los pueblos de Hispanoamérica las grandes palabras varían un poco. Es la «nación española», el «idioma español», las «glorias españolas» contra el «internacionalismo bolchevique», el «alfabeto eslavo» y la «ignominia esteparia». Pero no son sólo grandes palabras engañosas. Son falsificaciones tras las cuales se encubren los sórdidos intereses, los torpes desmanes, el horrendo salvajismo de la rebelión fascista. No están, no pueden andar la civilización, la cultura, los valores ideales que la humanidad ha ido convirtiendo en normas de convivencia, haciendo de metas realidades a costa de cruentos dolores, nada de eso hay junto a la casta militar española, tradicional e irremediabilmente inculta, junto a los que destruyen deliberada y matemáticamente grandes realizaciones del arte español, edificios, monumentos, bibliotecas y gritan muera la inteligencia y fusilan poetas

y sabios que si delito alguno perpetraron fue sólo el muy explicable de haberse circunscrito casi demasiado a su emoción y su ciencia. No traen el orden, el verdadero orden que nace de la justicia en la igualdad, los que durante siglos sucesivos mantuvieron a España prisionera dentro de una jerarquía donde los grandes ociosos consumían la riqueza que producían las multitudes laboriosas eternamente hambrientas. No representan ni el conjunto ni la vitalidad social los que estando secularmente adheridos a la sociedad española como una costra muerta impidiendo la renovación y reviviscencia del tejido social. No son guardianes y guiones de la «nación española», del «idioma español», de las «glorias españolas», los descendientes y continuadores de una monarquía que comenzó enterrando y cegando las fuentes populares donde se alimentaron siempre las «nacionalidades ibéricas», las lenguas de España, y la castellana con ellas, las glorias españolas que fueron forjadas en todo el mundo por los humildes campesinos y los modestos burgueses ahogados y aplastados bajo la pesadumbre de la autocracia feudal. Jamás se degradó tanto la palabra imponderable, cuya dignidad eleva Thomas Mann casi hasta la deificación; nunca se descastó y envileció tanto la palabra como en boca de estos facciosos y pregoneros que sólo la usan para esconder los intereses siniestros y moribundos de los cuales son instrumento insensato. Sólo mediante tal bastardía podía proseguir y lograr ciertos resultados la propaganda con que los imperialismos intentan perturbar y confundir la consciencia de las masas y evitar que se alcen unánimes contra la invasión fascista en España y contra sus adheridos y defensores en tierras de América.

He allí una de las múltiples lecciones que hoy escribe la Historia en España. En las condiciones vigentes en el

(Concluye en la página anterior)